

SERVICIO
SECRETO

SS

HUELLAS IMBORRABLES

Clark Carrados



Willie Sanders, alias «El Bondadoso», se sentía de un magnífico humor. Willie había hecho el negocio del siglo, el que le iba a permitir vivir sin trabajar el resto de sus días.

Y todavía era joven, porque no había cumplido los treinta y cinco años. Sí, tenía mucha vida por delante. Sería una existencia regalada, sin preocupaciones, una casa con jardín y piscina, servidumbre, viajes de vacaciones al Caribe... La perspectiva no se podía presentar mejor.

Le había costado un poco de trabajo, pero eso, ¿qué importaba? Al final, la gente decente siempre recogía la recompensa por sus buenas obras.



Clark Carrados

Huellas imborrables

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1518

ePub r1.0

Lds 20.01.19

Título original: *Huellas imborrables*

Clark Carrados, 1979

Cubierta: Norma

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

Willie Sanders, alias «El Bondadoso», se sentía de un magnífico humor. Willie había hecho el negocio del siglo, el que le iba a permitir vivir sin trabajar el resto de sus días.

Y todavía era joven, porque no había cumplido los treinta y cinco años. Sí, tenía mucha vida por delante. Sería una existencia regalada, sin preocupaciones, una casa con jardín y piscina, servidumbre, viajes de vacaciones al Caribe... La perspectiva no se podía presentar mejor.

Le había costado un poco de trabajo, pero eso, ¿qué importaba? Al final, la gente decente siempre recogía la recompensa por sus buenas obras.

El apodo de «Bondadoso» no se lo había dado nadie, sino que era impuesto por sí mismo, en la breve época en que fue vendedor de coches y presumía de ser el más bueno de todos, el más amable, el más cariñoso, el que más se compadecía de las necesidades de los clientes... Un día se cansó del oficio y lo dejó para desempeñar otro que, en ocasiones, rozaba abiertamente los límites de la ley.

Ahora también podría dejar su actual oficio y nunca más volvería a trabajar, pensó, mientras daba unos cuantos pasos de baile sobre la acera, tratando de imitar, aunque sin paraguas ni música, a Gene Kelly en *Cantando bajo la lluvia*. Tarareaba la melodía pero llevaba el compás de una forma completamente desdichada.

El coche había quedado junto a la acera. Al día siguiente, pensó, lo llevaría al chatarrero. Ya le había echado el ojo a otro, nuevo, precioso, un Mercedes despampanante, último modelo. Antes de una semana sería suyo y... «¡Qué digo una semana! Con un poco de suerte, mañana mismo puedo tenerlo, por la tarde», pensó.

De repente, un hombre surgió ante él, vestido de negro, enmascarado el rostro con unas grandes gafas de color con un revólver en la mano derecha.

La hora era avanzada. En aquellos momentos no había nadie en el barrio. La calle estaba absolutamente desierta.

Willie Sanders «El Bondadoso» miró durante un instante el negro ojo del cañón del revólver que apuntaba directamente a su frente. En una centésima de segundo, pensó desesperadamente que todos sus sueños se habían volatilizado y que su vida no iba a durar ya nada. El gesto de extender las manos defensivamente, fue un mero acto reflejo. Inmediatamente sonó el disparo y la bala, después de traspasar la frente de Willie, se alojó en su cerebro y cortó de raíz su existencia.

Willie quedó sobre la acera, boca abajo, con la mejilla pegada al cemento. Un hilo de sangre corría por el pavimento y saltaba a la calzada para deslizarse hasta el imbornal de alcantarilla más próximo.

* * *

El atildado mayordomo se echó a un lado para permitirle la entrada, después de que hubiera pronunciado su nombre. Kim Sage cruzó el umbral y contempló embobado el inmenso vestíbulo de la mansión, adornado con un par de armaduras auténticas, cuadros de firmas mundialmente famosas y otros objetos de antigüedad y autenticidad fuera de duda. Prácticamente, era un museo, se dijo.

—Por aquí, señor Sage —indicó el mayordomo.

Pisando sobre una alfombra de cuatro dedos de espesor, Sage se encaminó hacia una puerta, de gruesos paneles de roble, en la que el mayordomo tocó con los nudillos antes de entrar. Sage procuró mantener la serenidad; no todos tenían la suerte de ser admitidos en el *sancta-sanctorum* del todopoderoso Dudley W. Heenan. Pero lo más curioso del caso era que él no había solicitado la entrevista, sino que había sido el propio Heenan quien le había llamado a su mansión aunque, lógicamente, no se le ocurría ningún motivo razonable para explicarse la llamada.

Alguien dio permiso y el mayordomo abrió. Sage caminó hacia la estancia en donde a pesar del buen tiempo, ardía un vivo fuego

en la chimenea. Un enorme dogo se levantó de la alfombra y se acercó pausadamente al visitante.

Sage se quedó quieto y dejó que el can, cuya cabeza le llegaba holgadamente a la cintura, le olfateara durante unos segundos. Entonces sonó la voz del hombre que estaba en pie junto a la chimenea.

—Aquí, Viking.

El dogo obedeció en el acto y fue a tenderse mansamente sobre la piel de oso que había ante el fuego. En silencio, Sage y Heenan se contemplaron mutuamente durante algunos segundos.

Algo le había pasado a Heenan, dedujo Sage. Aunque no personalmente, le conocía por fotografías. En aquellos momentos, no parecía del todo el hombre a quien él había visto en todos los medios de comunicación gráficos.

Los ojos de Heenan, por su parte, captaron la figura de un hombre que no llegaba quizá a los ciento ochenta centímetros, pero que era tremendamente fornido y ofrecía un aspecto de energía y voluntad, que se apreciaba a primera vista. En el cuadrado rostro de Sage no había belleza viril pero sí una expresión que le hacía ser sensualmente atractivo muy pronto para las mujeres y simpático y agradable para los hombres.

—Soy Kim Sage —se presentó tras una leve pausa.

Heenan movió la cabeza.

—En aquella mesa tiene usted servicio de licores —indicó—. También, si lo desea, hay una cafetera termo, cigarros y cigarrillos.

—Tomaré café, muchas gracias, señor.

Mientras vertía el líquido caliente en una taza, añadió:

—Usted dirá, señor Heenan.

—Señor Sage, le he llamado porque conozco su reputación —habló Heenan pausadamente—. No trato de adularle, no es mi sistema ni lo ha sido nunca. Tampoco voy a ser modesto y negar lo que soy, porque no es cierto. Aquí, en mi casa, no ha entrado nunca sino el que yo he querido.

—El círculo de sus amistades es muy restringido, ya lo sé, señor —contestó Sage—. Pero usted no me ha llamado aquí para ensanchar ese círculo, ¿verdad?

—No. Le he llamado, señor Sage, por dos razones fundamentales, cada una de las cuales puede ser la primera, dada la

importancia similar que tienen ambas. Esas razones son: tengo una hija, no sé dónde está y quiero encontrarla y el plazo máximo que me dan los médicos de vida es de un mes, seis semanas a lo sumo.

Sage oyó aquellas palabras y se quedó helado. Heenan hablaba en un tono absolutamente normal, sin la menor alteración en su voz. Ya era sorprendente la noticia de la existencia de la hija de un hombre de cuya vida íntima se conocían muy pocos detalles pero más sorprendente y trágica, además, era la noticia de la inminencia de su muerte.

En aquel momento, antes de que Sage pudiera pronunciar una sola palabra, se abrió la puerta y un hombre entró en la sala.

* * *

Aparentaba unos sesenta años y conservaba todavía un excelente aspecto físico. En el brazo izquierdo con cuya mano sostenía un maletín de ejecutivo, llevaba doblada una gabardina ligera.

—El tiempo amenaza lluvia, Dudley —dijo el recién llegado, a modo de justificación, mientras dejaba sobre una consola el impermeable y el portafolios—. ¿Sage? —preguntó.

—Sí —contestó el dueño de la casa—. Señor Sage, le presento al señor Collingwood, mi abogado.

—Hola —dijo el joven.

—Encantado, señor Sage. Dudley, por mí no te interrumpas. Sigue, sigue, por favor.

Collingwood fue hacia la mesa de licores y se sirvió una dosis que sorprendió a Sage por su generosidad. «Como se lo beba todo, le va a resultar muy difícil conducir», pensó.

—Señor Sage, ¿ha oído lo que le he dicho hace unos minutos? —preguntó Heenan.

Sage encendió un cigarrillo para ocultar su turbación.

—Sí, señor —contestó.

—Tengo absoluta confianza con el señor Collingwood y él conoce perfectamente mis dos problemas —siguió el anfitrión pausadamente, sin altibajos en su voz—. El diagnóstico de los médicos es definitivo, contrastado por varias eminencias. No hay solución para mi mal.

—Lo siento...

—Pero esto no tiene importancia ahora. Quiero que encuentre a mi hija. —Heenan sonrió de un modo extraño—. No le va a resultar fácil, señor Sage; hace veinte años que no sé nada de ella.

El detective respingó.

—¡Caramba!

—Debo admitir que tengo una buena parte de culpa pero no tanta como para que su madre haya seguido odiándome durante casi veinte años, es decir, hasta su muerte. Cuando la niña tenía tres años, se marchó de casa, llevándosela. Entonces, también lo confieso, no me preocupé demasiado por ellas; estaba absolutamente, absorbido por los negocios... y luego, cuando mi situación mejoró, intenté buscarlas pero todo fue en vano. Ella supo ser siempre muy hábil para esconderse, de tal modo, que aún es la hora de que yo sepa el paradero de mi hija.

»Lo que sí puedo decirle y luego le daré una carpeta con los datos que he conseguido averiguar durante todos estos años, es el lugar donde murió la madre de Nancy, que es el nombre de la niña. Tendrá que investigar a partir de ese punto y esa fecha. Y no le fijo plazo, porque sé que puede costarle tiempo, aunque si debe saber que he hecho va el testamento, en el que, lógicamente y salvo las mandas inevitables, hago declaración de heredero universal de todos mis bienes en favor de mi hija.

»Una fortuna colosal, incalculable», pensó Sage.

Heenan continuó:

—En el *dossier* que le entregaré figuran, además, las huellas dactilares de Nancy, así como las plantares, tomadas en el hospital el día de su nacimiento. Las huellas dactilares, usted lo sabe de sobra, acompañan a la persona desde que nace hasta que muere. Son huellas imborrables, el sello que la naturaleza imprima a cada individuo y que nadie puede borrar... a menos que le corte los dedos, claro.

»Mi abogado le facilitará a usted fondos, ilimitadamente, cuando lo necesite. De momento, voy a entregarle un cheque por diez mil dólares, para sus primeros gastos. Cuando encuentre a Nancy y pruebe irrefutablemente que es ella, recibirá cien mil dólares más, aparte de su factura de gastos. Ésta recompensa está incluida en el testamento, de tal modo que si yo muero antes de que aparezca Nancy, usted la recibirá de todos modos, siempre que la encuentre.

¿Ha comprendido lo que quiero decirle?

—Sí, señor —respondió Sage, hondamente impresionado por las trágicas declaraciones del dueño de la casa.

—¿Justin?

El abogado avanzó hacia Sage, con una carpeta de cuero en las manos.

—El cheque está en el interior —dijo.

—Gracias —murmuró el joven—. Señor Heenan...

—Dígame, Sage.

—¿Me permite hacerle una observación?

—Claro, muchacho; todo lo que sea necesario. ¿De qué se trata?

—Es sobre... su enfermedad. Señor... yo no dudo, en principio, del diagnóstico de los médicos, pero quizá... pudiera estar equivocado...

—Desgraciadamente, no lo está —intervino el abogado.

—Antes de dos semanas, empezarán los dolores, cada vez más difíciles de calmar —dijo Heenan reposadamente—. He pensado en la hibernación, usted sabe que hay centros en donde las personas aquejadas de enfermedades incurables se recluyen, para ser dormidos y despertar dentro de cien años, cuando ya se haya descubierto el remedio para su dolencia. Pero yo no creo en eso, francamente. Cuando la morfina resulte ya inútil para calmar mis dolores, me saltaré la tapa de los sesos.

«Lo hará, sin duda alguna», se dijo Sage. Conocía a Heenan, al menos por su reputación y sabía que nunca dejaba de realizar lo que anunciaba.

—Por supuesto, amigo Sage, a partir de ahora, usted tendrá entrada libre en mi casa no importa la hora —añadió Heenan.

—Gracias, señor.

Sage se despidió de los dos hombres. Entonces, el dugo se levantó y caminó unos pasos. Cuando Sage se dirigía hacia la puerta, el perro le acompañó, con la cabeza pegada a su muslo derecho.

El mayordomo le abrió la puerta exterior. Sage vio entonces un coche parado frente a la mansión.

Había un hombre joven sentado tras el volante y le sonrió jovialmente al verle, pero, casi en el mismo instante, Viking se puso a gruñir. El joven que estaba en el coche levantó inmediatamente el

cristal de su ventanilla, aunque dejó una rendija para poder hablar.

—Esa bestia no me ha tenido nunca simpatía —dijo—. ¿Qué tal, amigo? Usted es Sage, ¿no? Yo soy Jimmy Collingwood, hijo del abogado que está ahí dentro. Me gustaría darle la mano pero, desgraciadamente, Viking y yo no hemos hecho nunca buenas migas. En cambio, a usted le ha tomado afecto instantáneamente.

—Eso no tiene demasiada importancia —sonrió Sage—. Los canes, a veces, tienen reacciones imprevisibles.

—Por si acaso, no saldré del coche hasta que venga mi padre. ¿Qué, señor Sage? ¿Tiene esperanzas de encontrar a Nancy Heenan?

Sage arqueó las cejas. Jimmy se echó a reír.

—Trabajo en el bufete de mi padre. Yo también soy abogado y estoy enterado de todos sus asuntos. A fin de cuentas, un día tendré que dirigir el despacho.

—Sí, claro... Bueno, de momento no puedo garantizarle nada. Es una tarea muy difícil y...

—Usted lo conseguirá, es un hombre muy listo, Kim. Le deseo suerte.

—Gracias, señor Collingwood...

—Pero, muchacho, llámeme Jimmy. Somos de la misma edad más o menos y los tratamientos ceremoniosos son superfluos.

—De acuerdo, Jimmy. Oiga, puesto que está enterado de los asuntos de su padre, ¿me permite hacerle una pregunta?

—Desde luego.

—¿Cree usted en la malignidad de la enfermedad de Heenan?

—Amigo Kim, los médicos que le han atendido son los mejores en su especialidad —contestó Jimmy muy serio.

Sage hizo un movimiento de cabeza.

—Gracias —contestó.

Subió a su coche y, desde el asiento, acarició la enorme cabeza del dogo. Luego arrancó y recorrió los casi trescientos metros que había, a través del enorme parque, hasta la puerta de acceso, vigilada por dos hombres uniformados y provistos de rifles y pistolas.

La puerta, enorme, pesada, de recias planchas de acero, se deslizó silenciosamente a un lado y Sage salió para enfrentarse con el que estimaba iba a ser el caso más difícil de su carrera.

CAPÍTULO II

Por la noche, mientras cenaba en un restaurante, leyó en el periódico la noticia del asesinato de Sanders, ocurrida la madrugada anterior. En ocasiones, Sage había tenido tratos con «El Bondadoso», del que había conseguido algunas informaciones, pero el hecho de que hubiera muerto de un disparo en medio de la trente, le impresionó notablemente, ya que sabía que Sanders no tenía enemigos que le quisieran tan mal.

Pero, claro, tampoco conocía a fondo la vida y milagros de Sanders, hartó aficionado, por otra parte, a las faldas y presumió que algún posible rival en amores había decidido eliminar un competidor molesto. Sanders no había tenido jamás escrúpulos al elegir la amante de turno; con tal de que fuese medianamente guapa y tuviera menos de cincuenta años y más de veinte para eliminar problemas legales por la edad, cualquiera le resultaba agradable.

A su asesino, sin embargo, las asiduidades de Sanders hacia una prójima no debían de haberle resultado tan agradables. En cierto modo, era una lástima; «El Bondadoso», quizá, podía haberle ayudado en el caso que le había confiado Heenan.

Después de cenar, se retiró a su apartamento y se sumió en la lectura de los documentos contenidos en la cartera que le había entregado Heenan. El cheque de diez mil dólares era algo muy agradable... y los cien mil que le esperaban, si encontraba a la chica, resultaban una perspectiva maravillosa. Hacía tiempo que le tenía echado el ojo a una casa con un pequeño jardín y piscina, en las afueras, en un lugar lleno de encantos visuales y si resolvía el caso satisfactoriamente, podría comprársela.

La documentación de la cartera era muy completa. Sólo faltaba

una cosa: el retrato de Nancy. Había, ciertamente, una fotografía de la madre, aunque tomada veinte años antes. También contaba con el nombre que usaba al morir: Charlotte Evans.

¿Por qué un odio mantenido durante tantos años? Heenan había admitido su parte de culpa en la separación pero ello, a su entender, no era suficiente para que una mujer alimentase el fuego de su odio años y años, hasta el punto de evitar y conseguir que el padre no pudiera ver más a la hija.

Los caracteres de cada persona, se dijo, eran indescifrables. Quizá, si un día encontrase a la muchacha, podría averiguar la verdad sobre el odio. De momento, era un tema secundario.

Al día siguiente, después de dejar el cheque en el Banco y de aprovisionarse de numerario para pequeños gastos, salió en su coche en dirección a Oak Fountain, una pequeña población situada a treinta kilómetros y en la que había fallecido, un año antes, la madre de Nancy.

* * *

La casa era pequeña, pintada de blanco y con un jardincito en la parte delantera. En aquellos momentos, estaba completamente cerrada y en el jardín se advertían claros síntomas de descuido. Sage se colgó un cigarrillo de los labios, mientras contemplaba el edificio en que había muerto la madre de Nancy. ¿No vendría la muchacha a reclamar lo que le pertenecía?, se preguntó.

De pronto, una voz de mujer le hizo salir de su ensimismamiento:

—¿Busca a alguien, señor?

Sage se volvió hacia la valla de separación que había entre los dos jardines al otro lado, había una mujer de unos cincuenta años, gruesa y de rostro agradable.

—Quería hablar con la señora Evans —manifestó.

—Oh, pero si murió hace un año... ¿No lo sabía usted?

—Es la primera noticia que tengo —mintió el detective—. Perdón, me llamo Sage, Kim Sage.

—Soy Anna Miller —dijo ella—. Pues si, Charlotte murió hace un año... Era una mujer encantadora, aunque muy retraída...

—Tenía una hija, creo.

La señora Miller alzó las cejas.

—¿Una hija? Nunca le oí mencionar nada semejante —exclamó.

—¿Es posible?

—¡Y tanto! Vivió aquí tres años y nunca, repito, le oí decir nada de esa hija. Aunque... Calle, ahora que recuerdo A veces, con no mucha frecuencia, todo es preciso decirlo, venía a visitarla una chica joven, de unos veinte años... Ella decía siempre que era una sobrina y, francamente, no teníamos motivos para dudar de la palabra de Charlotte...

—¿Cómo era la muchacha, señora Miller?

—Oh, bastante guapa pero poco simpática. Más reservada aún que su tía. Orgullosa como una reina y nada amable.

—Siga, por favor.

—Bien, era muy alta, con un tipo magnífico... El pelo corto, castaño claro, los ojos grises... Vestía muy elegante, eso sí puedo asegurárselo. Pero nunca se nos pasó por la cabeza que pudiera ser hija de la pobre Charlotte. Y ahora que lo dice usted, el parecido entre ambas era considerable.

Sage se sintió muy esperanzado al oír aquellas palabras.

—Señora Miller, por casualidad, ¿no sabría usted decirme dónde vive esa chica?

La mujer pareció concentrarse en sí misma.

—No —dijo al cabo—. No sé dónde puede vivir, aunque sí le diré algo que creo le resultará de ayuda. En cierta ocasión, las oí discutir a las dos. Charlotte se sentía muy enojada con Linda... era el nombre de la muchacha, ¿sabe? Bien, creo que era por cuestiones de trabajo... Charlotte mencionó un lugar denominado *Silver Cage* o algo por el estilo... —Anna hizo una mueca—. No es que lo asegure, porque no lo sé a ciencia cierta pero, a lo mejor, Linda trabajaba en uno de esos sitios donde se desnudan las mujeres y aún hacen cosas peores... y ello, claro, no podía agradarle a Charlotte, que era persona muy apegada a ciertas normas.

Sage sonrió. La vecina charlatana acababa de darle una preciosa pista, se dijo.

—¿Cuándo ocurrió eso, señora? —preguntó.

—Oh, por lo menos, un año antes de la muerte de Charlotte, seguro. Después... ya no sé si Linda dejaría el empleo. No volví a oírlas discutir...

—¿Linda no ha vuelto por aquí, después de la muerte de su tía?

—No, señor Sage.

—Si era la única pariente de Charlotte, heredará la casa, supongo.

—Eso se lo podrá decir Henry Anderson, el abogado de Charlotte. Si quiere, puedo darle su dirección...

—Se lo agradeceré infinito, señora Miller.

Momentos después, Sage ponía en las manos de la mujer un billete de veinte dólares y una tarjeta de visita.

—Si viera a Linda, díglele que se ponga en contacto conmigo —rogó—. El dinero no es el pago de su información, sino para que se compre el ramo de rosas más grande que pueda encontrar.

Anna se esponjó, visiblemente halagada.

—Es usted todo un caballero, señor Sage —dijo.

Sage se despidió con una sonrisa. Un cuarto de hora más tarde estaba hablando con el abogado Anderson.

—Efectivamente, la casa pertenecía a la difunta señora Evans, quien, en su testamento, la dejó, con todos sus demás bienes —que no eran muchos—, a Linda Holmes, su sobrina. Pero hace tiempo ya que no sé de la señorita Holmes.

—¿Cuánto, por favor?

—Vino al entierro de Charlotte y se marchó el mismo día. No la he vuelto a ver ni he tenido más noticias de ella, salvo que me firmó los poderes necesarios para que dispusiera de la cuenta de su lía y abonara los impuestos y gastos de conservación de la casa.

—Ella no ha querido vender.

—No me ha dicho nunca nada sobre el particular. Me gustaría verla, porque, a decir verdad, el dinero que dejó Charlotte no era demasiado y antes de un año habré agotado los fondos. Si no se pagasen los impuestos, la casa sería embargada.

—Comprendo. De todos modos, el jardín me pareció algo descuidado —objetó Sage.

—La casa es lo que importa y su estado de conservación es magnífico en todos los sentidos. Los fondos no alcanzan para un jardinero —se excusó Anderson.

Sage le dio su tarjeta.

—Por favor, avíseme inmediatamente si viniera por aquí Linda Holmes —solicitó.

Anderson le miró curiosamente.

—¿Puedo saber qué interés tiene usted en ésa joven?

—Se trata de una herencia, simplemente —contestó Sage, evasivo.

—Sé que trabajaba en un sitio de mucho lujo y mala fama, pero es todo lo que puedo decirle, señor Sage.

—Sí, ya me lo han dicho —se despidió el joven.

Linda Holmes, repitió mentalmente al salir a la calle.

No hacía mucho y por puro compromiso, había asistido a una de las sesiones de *The Silver Cage*, pornografía pura y en vivo... pero en el programa que le habían entregado no figuraba para nada el nombre de Linda Holmes. Se preguntó si se habría despedido y ahora actuaba en otro local.

Resultaría irónico. La hija de Heenan, una estrella del *strip-tease* y del «porno» en vivo. Pero aquella muchacha, cuya ausencia de moral resultaba notoria, podía heredar una fortuna de varios cientos de millones de dólares.

—Las hay con suerte —masculló, mientras accionaba el contacto de su coche.

* * *

El local estaba cerrado, por descanso semanal. Tendría que volver al día siguiente, pensó, mientras, parado en la acera, contemplaba los carteles en que se anunciaban los diversos números del espectáculo.

De pronto, oyó una voz irónica a sus espaldas:

—Eh, ¿es que le gusta esa clase de teatro?

Sage giró en redondo. Parado junto a la acera, en un descapotable rojo, estaba Jimmy Collingwood.

—Hola, Jimmy —saludó—. Esta clase de teatro me gusta, cuando sólo hay una artista y un solo espectador: yo.

—Vamos, que le gustan las funciones íntimas.

—Exacto.

—A veces, se ven tías muy buenas, Kint.

—Sí, pero una tía resulta mucho más buena, vista a solas, sin competidores.

Jimmy se echó a reír.

—Eso sí es cierto —convino—. ¿Alguna novedad?

Sage meneó la cabeza.

—Por ahora, nada. ¿Cómo sigue Heenan?

—Bien, se lo toma con filosofía. ¡Qué hombre! —exclamó Jimmy, admirado—. Yo no sabría ser tan valiente, se lo digo sinceramente. —Lanzo una risita—. Claro que lo sé por mi padre a mi no me permite la entrada en su casa.

Sage levantó las cejas.

—¿Por qué?

—Bueno, hace algún tiempo, dio una fiesta y... En fin, el cuerpo pide a veces un poco de juerga y había una fulana muy ardiente. Acabarnos revoleándonos en uno de los dormitorios... ¡y nos pilló el marido! ¡Imagínese la que se armó, Kim!

—Sí, me lo imagino —sonrió Sage.

—Ella es una cuarentona con un cuerpo fenomenal, el marido tiene veinte años más y no puede darle todo lo que ella necesita... y, por si fuera poco, es uno de los mejores amigos de Heenan. En fin, son cosas que pasan, muchacho.

—Desde luego, Jimmy.

El hijo del abogado levantó una mano.

—Celebro haberle visto, Kim —dijo, a la vez que pisaba el acelerador.

Sage se puso un cigarrillo en los labios. Un tipo feliz, no cabía duda. Pero podía predecir lo que iba a suceder en el futuro. El padre había creado un bufete próspero y acreditado. El hijo disiparía fama y fortuna.

Meneó la cabeza. Los problemas de los Collingwood no eran sus problemas.

CAPÍTULO III

Cuando entró en su casa, se llevó una notable sorpresa. Había alguien esperándole y era una mujer.

Sage frunció el ceño.

—¿Cómo ha entrado? —preguntó.

Ella se puso en pie. Era alta, de formas majestuosas, pelo oscuro y ojos grandes y rasgados.

—Me llamo Hope Worth —se presentó—. Soy hermana de Willie Sanders. El conserje me dejó su llave maestra, bueno, él mismo me abrió cuando se lo pedí y le expliqué que pensaba aguardarle aquí.

—Es curioso —observó Sage—. Willie no me habló nunca de su hermana. Además, los apellidos no coinciden...

—Mi madre se casó dos veces. Su segundo marido se apellidaba Worth.

—Oh, entiendo... ¿Quiere tomar algo, señorita?

—No, gracias. Señor Sage, tengo entendido que usted y Willie eran amigos.

—Hombre, tanto como amigos... A veces, Willie me hacía algún favor y yo se lo pagaba. Si sabe cuál es mi profesión, podrá imaginarse qué clase de favores me hacía.

—Informes —dijo ella.

—Sí. ¿Un cigarrillo?

Hope rechazó el ofrecimiento. Luego dijo:

—Señor Sage, no puedo darle mucho dinero pero sí me gustaría que tratase de encontrar al asesino de Willie.

La joven abrió el bolso, sacó unos billetes y los dejó encima de una mesa, situada junto al diván de la sala.

—Quinientos dólares —indicó.

Sage se sirvió una copa.

—¿Sabe que hay una colectividad de hombres, que actúan bajo el nombre genérico de fuerza policial?

—Lo sé —contestó Hope tranquilamente—. Pero prefiero que sea usted el que investigue ese asesinato.

—¿Por qué, señorita Worth?

—Le diré la verdad. Aunque Willie y yo nos tratábamos poco no por ello se había roto el afecto que nos teníamos. El me pasaba casi diez años y cuidó de mi cuando yo era una mocosa. Luego me ayudó en los estudios y... Bien, ya sé que su vida no era precisamente un ejemplo de honestidad pero, en este mundo, nadie es enteramente malo.

—Muy cierto —convino Sage.

—Willie me habló, hace poco, de un negocio que tenía en perspectiva. Me dijo que, si le salía bien, iba a emprender una nueva vida pero no quiso darme detalles ni yo le pregunté tampoco, porque pensé que fantaseaba un tanto. Pero hay algo que me preocupa extraordinariamente.

—¿Sí?

—Ayer, después del entierro, fui a su casa, a fin de recoger algunos objetos personales para llevármelos a la mía. El apartamento estaba completamente revuelto; alguien había hecho un registro salvaje, hasta el punto de haber arrancado el papel de las paredes y levantado el recubrimiento de contrachapeado de algunos de los muebles. Los pocos libros que tenían estaban completamente deshechos, página a página, los colchones y cojines desventrados y hasta el embaldosado del baño había sido levantado. Por eso he venido a verle a usted, porque sé que es detective y Willie me había mencionado su nombre en alguna ocasión. Si quería abandonar su vida, no se lo permitieron y yo quiero que sus asesinos sean castigados. Debo honrar su memoria, en lo que tiene de bueno para mí, ¿comprende?

Sage asintió.

—La entiendo perfectamente, señorita Worth —contestó—. Sin embargo, habrá de permitirme hacerle una observación.

—Por supuesto.

—Willie está muerto y ya nada se puede hacer por él, excepto rezar por su alma. En estos momentos, yo temió un caso muy importante y no lo puedo abandonar. Ahora bien; en mis ratos

libres, puedo hacer algunas preguntas a gente que conozco y tratar de conseguir algún éxito en mi investigación. Si le parece bien...

—De acuerdo —aceptó ella—. No se puede tener prisa en un asunto semejante, aunque tampoco se debe abandonar.

—Gracias por su comprensión, señorita Worth.

Hope se dirigió hacia la puerta.

—Ah —exclamó de pronto—. Olvidaba darle mi dirección y número de teléfono. ¿Quiere anotarlos?

Sage lo hizo así. Luego levantó una mano.

—Señorita, me falta un dato —manifestó.

—¿Sí?

—¿En qué trabaja usted?

Hope dudó un instante.

—¿Le parece que deje la respuesta para mejor ocasión?

—Si no hay otro remedio...

La joven se despidió con una graciosa sonrisa. Sage lanzó un hondo suspiro al quedarse solo.

—Vaya una hembra —murmuró—. Una mujer de una pieza.

¿En qué lío se habría metido Willie Sanders, para ser asesinado primero y su apartamento salvajemente registrado después?

Por el momento, apartó él caso de su mente. Tenía entre manos algo de mayor urgencia: encontrar a la heredera de, aproximadamente, cuatrocientos cincuenta millones de dólares, que era la cifra en que se estimaba la monumental fortuna de Dudley Heenan.

* * *

Aquella noche, Sage fue a visitar a una persona a la que hacía tiempo no veía. Binnie Ruxton le recibió con una sarcástica risotada en su boca de cálidos labios.

—Vaya, su majestad se ha dignado visitar a su sierva —dijo—. ¿Qué te pasa, Kim? ¿Estás drogado o te has emborrachado?

—No seas cruel, Binnie —dijo el detective—. Uno no está siempre en disposición de... Bueno, imagínatelo.

—A ti te debe de dar por temporadas largas, porque hace casi un año que no... eso que quieres que me imagine —contestó ella. Puso un pie encima de una silla y empezó a ajustarse la presilla del

portaligas negro—. De acuerdo, suéltalo, encanto.

Ligeramente inclinada hacia adelante, se le abrió la bata y los senos, redondos, pesados, saltaron fuera. Binnie se volvió sin abandonar la postura y sonrió maliciosamente.

—Todavía se pueden mirar —dijo.

—¿Y tocar? —preguntó él desenvueltamente.

—Ni hablar^ muñeco. Pero, bueno, aún no me has dicho qué quieres de mí.

—Se llama Linda Holmes y trabaja, o trabajaba, en *The Silver Cage*.

—La recuerdo, pero muy vagamente. Yo me marché a poco de su llegada. ¿Por qué no le preguntas a Dolly MacClanton? Es la jefe de personal femenino y la que contrata a las chicas que actúan en el escenario. Habla con ella; era buena amiga mía, a pesar de lo que me ocurrió allí.

—Lo haré. Por cierto, nunca he sabido por qué te despidieron.

Binnie se irguió y puso el pie en el suelo, sin ocuparse de cubrir sus senos opulentos.

—Bueno, fue... para mearse de risa. Yo tenía que hacer el numerito con un tipo que presumía siempre de su potencia viril y alardeaba de ser una ametralladora, cuando se acostaba con una mujer. Cuando empezamos a actuar en el escenario... el tipo no reaccionó en absoluto... Yo me puse a reír como una loca... y, lo creas o no, me oriné allí mismo. Se organizó un jolgorio imponente y me vi de patitas en la calle.

Sage paseó la mirada por el lujoso apartamento en que residía la mujer.

—No parece que hayas engrosado las filas de los sin trabajo —comentó.

—Había un cliente al que le gustaba. Es un tipo rico, con mucha pasta. Cuando se enteró de que me habían despedido, vino a buscarme, me ofreció un trabajo particular... y aquí me tienes, tratada como una princesa. Sólo *actúo* un par de veces al mes, Kim.

—Una vida muy descansada, ciertamente —observó él—. Gracias por tu amabilidad, Binnie.

Ella terminó de abrirse la bata. Debajo sólo llevaba el ligero y las medias.

—Mi... cliente es muy liberal y lo único que quiere es que esté

dispuesta en las fechas acordadas —dijo.

Era una mujer realmente atractiva y con una enorme dosis de experiencia, pero Sage prefirió rechazar la invitación.

—Gracias —sonrió—. Otro día, encanto.

Ella le sacó la lengua. Sage hizo un ligero gesto con la mano.

Salió a la calle. Cuando iba a insertar la llave en la cerradura de la portezuela, se llevó una sorpresa.

Acuchillados los neumáticos, las cuatro llantas descansaban en el suelo. Sujeto por una de las raquetas del limpiaparabrisas, había un papel con un mensaje:

Más valen cuatro cuchilladas en los neumáticos que en las tripas. ¿Por qué no se olvida del apellido Heenan?

* * *

Dolly MacClanton era una hermosa mujer, de unos treinta y cinco años, muy rubia y vestida con un traje de lentejuelas plateadas que parecía pegado a su cuerpo de formas exuberantes. En uno de los ángulos de su pequeño, pero lujoso despacho, había un televisor, que recogía las imágenes captadas por una cámara enfocada al escenario de *The Silver Cage*. Los redondos senos de Dolly amenazaban rebosar fuera del escote del vestido.

—De modo que le envía Binnie Ruxton —dijo, después de conocer las pretensiones del visitante.

—Así es, señora MacClanton. Hablé ayer con ella...

Dolly agitó la mano.

—No use ceremonias, Kim —dijo, desenvuelta—. Y quiere saber qué ha sido de Linda Holmes.

—Sí.

—¿Motivos?

—Herencia.

—¿Lo que le dejó su tía Charlotte? ¡Pero si ella ya lo sabía!

—Se trata de algo de mayor importancia, no demasiado, pero tampoco como para despreciarlo.

—Ah, ya entiendo... Lo siento, Kim no sé nada de ella desde hace un par de meses.

—¿Cómo?

—Se despidió, sin más. Hace un par de semanas, envié a

buscarla a su apartamento. Ya no estaba, ni el conserje de la casa sabía su nueva dirección. Lo siento por el negocio; dentro de las guarradas que hacemos aquí, ella era una chica limpia, decente... a pesar de que se desnudaba en escena. Pero nunca quiso tomar parte en los «cuadros vivos». Se desnudaba, cantaba un par de canciones, con bastante éxito... Resultaba atractiva para el local, créame.

—Y ha desaparecido.

—Sí. Es una lástima, porque su amigo Willie Sanders fue asesinado hace dos días; de lo contrario, le habría podido decir algo al respecto. Personalmente, pienso que Sanders sabía dónde estaba la chica, aunque lo negó cuando se lo pregunté. Estaban muy enamorados, ¿sabe?

Sage parpadeó. De modo que la hija de Heenan había sido la amante de un hampón, asesinado por motivos que aún no conocía nadie.

En la pantalla del televisor, dos parejas de hombres y mujeres realizaban una representación de una obscenidad increíble. De pronto, Dolly se sintió molesta y, levantándose, apagó el televisor.

—A veces, yo también me siento asqueada de lo que se hace aquí —exclamó, un tanto nerviosa—. ¿Quieres un trago? —le tuteó de repente.

—Se acepta —sonrió Sage.

Dolly puso *whisky* en sus vasos y le entregó uno.

—Querría pedirte un favor —dijo di, después de tomar un sorbo.

—¿Sí?

—¿Tienes alguna fotografía de Linda? Si la quieres conservar para tu archivo, sacaré una copia y te la devolveré inmediatamente.

—No hace falta. Presiento que no ha de volver más por aquí y, aunque volviera, ya le haríamos fotografías nuevas.

Un minuto después, Sage tenía en su poder inedia docena de fotografías de Linda Holmes, en una de las cuales aparecía solamente su rostro y el borde superior de los hombros. En las otras se veía con diversos atuendos, salvo en una que estaba completamente desnuda, pero de perfil.

—Quédatelas —indicó Dolly.

—Gracias. Quizá, un día, Linda le las dé también con algo mejor que simples palabras.

—¿Es importante la herencia?

—Pues... sí, tiene cierto valor —sonrió Sage.

—Linda merecería tener buena suerte. Oh, pero, aguarda; voy a decirle algo que quizá pueda ayudarte.

—Habla, Dolly.

—Se llama Sonny Feldon, alias «El Músico». No es que toque ningún instrumento, pero es un «fan» de la música sinfónica. —Dolly se echó a reír—. En este mundo todos tenemos nuestras chifladuras, Kim.

—Muy cierto —comino él, mientras sacaba su libreta de notas—. Dame su dirección, por favor. Y si quieres decirme por qué me puede resultar de utilidad entrevistarme con Feldon...

—Podría decirse que era carne y uña de Willie.

—Oh, muy interesante.

Sage iba a guardar su libreta, cuando, de pronto, detuvo el gesto y miró sonriente a la mujer.

—Me falta tu dirección —dijo—. A menos que haya alguien a quien no le guste que yo lo sepa.

Dolly sonrió también.

—Pero debes tener en cuenta un detalle —dijo.

—Dime, muñeca.

—No vayas nunca antes de las doce del mediodía.

—Me lo apunto también —contestó Sage—. ¿Crees que son horas de visitar al «Músico»?

—Sí, lo encontrarás en su casa —garantizó Dolly.

Se acercó al joven y se puso de puntillas, para besarle en los labios.

—Me gustas —susurró.

Sage bajó la boca para besar una zona particularmente atractiva: el valle que dividía los dos redondos montículos gemelos, difícilmente contenidos por el traje.

—Mañana, a las doce y un minuto, me tendrás en tu casa —prometió.

CAPÍTULO IV

Cuando se disponía a tocar el timbre de llamada, Sage observó que la puerta estaba ligeramente entreabierta. Atisbo por la rendija y vio la luz encendida.

Tal vez, supuso, Feldon había llegado soplado a su casa y se había olvidado de cerrar. Empujó con suavidad y captó el absoluto silencio que reinaba en el interior del apartamento.

Cerró sin hacer ruido. Luego llamó:

—¡Sonny!

Feldon no contestó. Sage vio una chaqueta tirada de cualquier modo encima de un diván, lo que parecía corroborar sus sospechas acerca de la embriaguez del sujeto. De pronto, vio los pies que asomaban por la puerta del dormitorio.

—Ni tiempo le ha dado a llegar a la cama —murmuró.

Feldon yacía en el suelo, encogido en parte, junto a la puerta abierta que formaba ángulo recto con la pared. Había sangre en el suelo y, en el lado izquierdo de su cabeza, se apreciaba un negruzco orificio.

Sage inspiró larga y lentamente. La muerte de Willie, se dijo, empezaba a tener ramificaciones sangrientas. Ahora tenía casi la certeza de que Willie había sido asesinado por su relación con la hija de Heenan. Y si Feldon había sido su gran amigo...

De pronto, al otro lado de la puerta, sonó un estornudo.

Sage dio un salto de sorpresa. Luego, en dos zancadas, pasó por encima del cadáver y se encaró con la persona que, hasta entonces, había permanecido oculta por la puerta.

—¡Usted! —exclamó.

Hope Worth, terriblemente pálida, hizo un gesto de asentimiento.

—Señor Sage...

El joven comprendió que Hope estaba a punto de desfallecer y alargó la mano para ayudarla a salir de la estancia. Dada su posición, tenía que pasar por encima del cadáver y entonces le lanzó una advertencia macabra:

—¡Cuidado, no pise la sangre!

Hope se tambaleó y hubiera caído al suelo, de no sostenerla él con ambas manos. Casi en vilo, la condujo hasta la sala y la hizo sentarse en un diván.

—No se mueva —ordenó—. Voy a ver si encuentro algo de licor.

Ella hizo un leve gesto de aquiescencia. En la cocina, Sage halló un Irasco plano, mediado, de cuyo contenido vertió la mayor parte en un vaso. Regresó a la sala y lo puso en manos de la muchacha.

—¿Cómo se encuentra ahora? —le preguntó a los pocos instantes.

Hope alzó sus ojos.

—Algo mejor... No estoy acostumbrada...

—Claro que no está acostumbrada, como que no es su olido —contestó Sage malhumoradamente—. Si pensaba investigar por su cuenta, ¿por qué me contrató a mí? Y aunque no lo hubiera hecho, ¿por qué no me citó el nombre de Sonny Feldon?

—Lo siento... No me acordé en aquellos momentos... Créame, le llamé a su casa para decírselo, pero usted no contestaba...

Sage sacó cigarrillos y le dio uno. Hope, muy nerviosa aún, aceptó.

—Así, pues, conocía la amistad entre Willie y Sonny —dijo Sage.

—Si, Willie me lo presentó hace unos meses. Parecían muy amigos. Incluso me dijo que eran socios en un asunto, aunque no me explicó en qué consistía. Yo estaba muy conturbada por la muerte del pobre Willie, compéndalo; si lo hubiese recordado, se lo habría dicho de inmediato.

—Está bien, no siga. ¿Qué esperaba usted conseguir de Sonny?

—No lo sé exactamente. Quizá él sabía cosas... como me conocía, me las habría contado y luego yo se lo hubiera dicho a usted... Le ruego me crea, no trataba de actuar independientemente, señor Sage.

—Bueno, bueno, ya está bien de disculpas. Señorita Worth, ¿se siente con ánimos para seguir aquí todavía unos minutos?

—¿Por qué lo pregunta?

—No sé si encontraré algo, pero no quiero irme sin registrar el apartamento. Ya que estoy aquí, debo aprovechar la ocasión.

Hope aprobó con un signo de cabeza. Sage comenzó el registro inmediatamente.

En los bolsillos del muerto no encontró, como esperaba, una agenda con direcciones que le habría resultado muy útil. Pero sí encontró, en el cajón de una mesilla media docena de libretas de fósforos con el anuncio de un importante motel.

Merecía la pena investigar en aquella dirección, se dijo. Una tira de fósforos no habría tenido importancia; en cualquier parte las dan, pensó; pero media docena va significaba un contacto algo más profundo con el establecimiento.

Regresó a la sala.

—¿Lista?

Hope se puso en pie.

—Avisaré a la Policía, supongo.

—Sí, desde luego, pero en forma anónima. No nos pasaría nada si lo hiciéramos desde aquí y esperásemos la llegada de los policías, pero nos complicarían la vida horriblemente con sus interrogatorios. Será mejor que evitemos esos jaleos.

—Muy bien.

Sage dejó a la muchacha junto a su coche. Una vez que ella estuvo sentada tras el volante, se apoyó con ambas manos en el borde de la ventanilla.

—Si recuerda algo más, dígamelo —solicito—. Y no se le ocurra desempeñar el papel de detective privado no está preparada para ello.

—Sólo fui a ver a un amigo de mi hermano —replicó Hope, muy sulfurada.

Sage se enderezó, sonriendo. Ella arrancó y se perdió de vista bien pronto.

—Una hermosa mujer —se dijo, mientras colgaba un cigarrillo de sus labios.

* * *

El nombre del motel era *The Fire Wheel* (La Rueda de Fuego) y

estaba representado gráficamente, por un círculo del que salían llamas ondulantes en una dirección, simulando que la rueda giraba velozmente en la otra. Sage no conocía el local y se quedó estupefacto al verlo.

Se le había aplicado el calificativo de «motel» simplemente porque estaba a poca distancia de la carretera y fuera de la población. Pero, en realidad, era un bar de lujo, con sala de fiestas anexa y una enorme explanada, con muchos árboles y abundante hierba, en el centro de la cual había una espaciosa piscina, muy frecuentada en aquellos momentos.

El bar estaba separado de la zona de piscina por una enorme mampara de vidrios ahumados que matizaban la violenta luz que provenía del exterior. Sage tomó asiento en un taburete, cerca de la cristallera. Un atildado barman le preguntó qué deseaba tomar Sage pidió *whisky* con hielo.

Encendió un cigarrillo. En la piscina había hermosas muchachas, pereceando al sol o nadando ágilmente. Otras, con sus acompañantes masculinos, disfrutaban de sus bebidas, bajo las sombrillas multicolores que corlaban el paso a los rayos del sol en los sitios donde los árboles no lo hacían.

Después de tomar unos sorbos, Sage se volvió hacia el *barman*.

—Amigo, ¿puedo hacerle algunas preguntas? —consultó, a la vez que, sujeto por dos dedos, enseñaba un billete de diez dólares.

—Sí, señor, como no... —respondió el hombre—. Me llamo Shorty...

—Gracias, Shorty. —Sage había leído ya los periódicos y averiguado algunos datos más sobre Sonny Feldon—. Se trata de un pobre hombre que trabajó aquí unas cuantas semanas.

—Ah, Sonny... Qué lástima, le pegaron un tiro anoche...

—Entonces, usted lo conocía.

—Sí, señor, trabajó aquí una temporada. La Policía ya ha venido aquí muy temprano, aunque han estado hablando con el gerente, claro. A mí no me han preguntado nada pero la verdad es que poco podría haberles dicho. Sonny era muy simpático y amable pero también reservado. Nunca decía nada de sí mismo, ¿me comprende?

—Desde luego, Shorty. ¿Qué hacía aquí?

—Bueno, un poco de todo... El gerente lo tenía como una especie de suplente para todos los puestos. Lo mismo estaba detrás

de la barra que en la recepción... Eso sí, era muy eficiente... Todos sentimos mucho su marcha cuando se fue...

—¿Por qué? ¿Dijo algo?

—No. Sólo mencionó algo de un empleo mejor en perspectiva pero sin dar detalles. Lamento no poder decirle nada más, señor.

Sage se quedó pensativo unos momentos. La permanencia de Sonny en el motel parecía muy extraña. Daba la sensación de que se hubiese empleado allí sólo para ayudar a alguien o hacer alguna cosa que no alcanzaba a comprender por el momento. Pero, de súbito, tuvo una idea y sacó la fotografía de Linda Holmes.

—Shorty, ¿ha visto a esta mujer en alguna ocasión antes?

El barman emitió un pequeño silbido.

—¡Pues claro! —exclamó—. Claro que la he visto. Es la señorita Roberts.

—¿Roberts? Se extrañó Sage.

—Paula Roberts, sí, señor... Estuvo empleada aquí también.

—Vaya, qué coincidencia.

—Trabajaba en la oficina del gerente y era bastante amiga de Sonny. Vinieron juntos, ¿sabe? Pero ella se marchó antes, hará cosa de tres o cuatro semanas.

—¿Adónde, Shorty?

El barman pareció concentrarse un momento.

—No lo sé —dijo al cabo—. No sé adónde se fue, pero un día ella llamó a Sonny por teléfono y Sonny le contestó desde la barra. Yo pude escuchar el nombre de Green Eights... No sé qué será eso ni dónde está...

—Gracias, Shorty; ha sido usted muy amable.

—Sonny era un buen muchacho pero, por lo visto, debía de tener una doble vida —dijo el barman con acento lleno de pesadumbre—. La vida nos da muchas sorpresas cuando menos lo esperamos —filosofó.

—Evidentemente, Shorty —sonrió Sage. Y, en aquel momento, se oyeron risas de mujer, mezcladas con otras de hombre.

Dos parejas entraron en el bar, cubiertos los cuatro a medias con sendas batas de baño y toallas al cuello.

—Shorty, pon cuatro «bombas» de la casa —pidió uno de los hombres.

—Al momento, señor Collingwood.

Sage se volvió en el taburete y miró sonriente al hijo del abogado.

—Hola, Jimmy —saludó.

—¡Caramba, pero si está aquí mi buen amigo Kim Sage! —exclamó Collingwood—. ¿Qué hace aquí, muchacho?

—Vine a encontrarme con una amiga, pero aún no ha llegado y temo que habré de marcharme con la música a otra parte —mintió el detective.

—Lástima, hombre... Ah, no le he presentado todavía... Éste es un buen amigo, el doctor Balk... Bart, te presento a Kim Sage, detective privado.

Los dos hombres intercambiaron un cortés saludo.

—¿Qué tal? —dijo Balk.

—Encantado, doctor.

—Y estas dos apetitosas fulanillas son Maggie y Ruth —añadió Collingwood en tono chancero—. Kim, ¿le apetece un trago?

—Gracias, pero ya he tomado el límite de la dosis para poder volver a la ciudad, sin temor a hacer eses con el coche —contestó Sage—. Jimmy, usted no se hospeda aquí, claro.

Collingwood le guiñó un ojo.

—Residencia temporal —contestó maliciosamente.

Sage miró a una de las dos jóvenes, Ruth, de pelo muy rubio y senos exuberantes, difícilmente contenidos por la pieza superior de su traje de baño. La inferior era sólo un diminuto triángulo situado en la parte anterior.

Ruth se metió el pulgar en la boca, con gesto de niña ingenua. Sus ojos, sin embargo, eran los de una mujer plenamente experimentada, al mirarle de un modo muy incitante.

—Sí, comprendo —dijo.

Shorty había puesto ya las bebidas sobre la barra. Sage observó al doctor Balk durante un instante. Era un hombre joven, más o menos de la edad de Jimmy, alto, fornido, de pelo negro, brillante y ondulado, indudablemente muy atractivo. Sin ocuparse de los demás, Balk metía las manos en el escote de Maggie, la cual le dejaba hacer con absoluta indiferencia, mientras sorbía su bebida.

—Mi chica no viene, así que tendré que marcharme —se

despidió Sage.

—Déle un par de buenos azotes en el culo cuando la encuentre,
Kim —rió Jimmy alborotadamente.

CAPÍTULO V

Alguien le observó por la mirilla. Sage se mantuvo impassible detrás del enorme ramo de rosas que había comprado. La puerta se abrió y dos manos avanzaron ávidamente hacia las flores.

—Esto hace que te perdone el retraso —dijo Dolly MacClanton, mientras hundía el rostro en las rosas—. ¿Qué te ha pasado?

—Muñeca, en estos tiempos, los huevos con tocino y el café no llueven del cielo —contestó él significativamente.

—Trabajo, ¿eh?

—Un poco.

—Espera un momento. Voy a poner las flores en agua y enseguida seré contigo.

El apartamento, de decorado futurista, era relativamente pequeño pero la acertada distribución de los muebles evitaba, toda sensación de falta de espacio. Dolly, envuelta en un montón de metros de gasas color fucsia, vino a los pocos minutos con sendos vasos altos en las manos.

—Anda, siéntate —invitó.

Lo hicieron en el diván, muy juntos. Ella dejó abierto el peinador. El camisón que llevaba debajo no era apenas obstáculo para la vista. Los senos se percibían sólidos, perfectamente semiesféricos, rematados en dos oscuros vértices simétricos.

—La herencia debe de ser importante —dijo ella.

—Un poco, es preciso admitirlo. Pero aún no he encontrado el menor rastro de Linda.

—A veces, se comportaba de una forma un tanto extraña —murmuró Dolly—. Pero era una buena chica y se merece mucha suerte.

—No has vuelto a verla desde que se marchó.

—No. Lo siento, Kim.

—Sonny Feldon era amigo de Willie Sanders. Lo han asesinado la pasada noche.

—He oído la noticia por la radio —declaró Dolly—. ¿Qué es lo que sucede, Kim? ¿Acaso tiene relación con la herencia?

—Posiblemente.

Ella frunció el ceño.

—Cuando no se trata de un arrebato momentáneo, nadie mata sin motivos muy justificados, Kim.

—Para él, aunque no para la víctima.

—Sí, es cierto. Kim, ya que estás metido en el asunto, voy a decirte algo que quizá pueda ayudarte.

—Te lo agradezco de antemano, encanto —sonrió Sage.

—Cuando tengas ocasión, busca a Rona Chattoo.

—¿Quién es, Dolly?

—Usaba ese nombre para actuar pero era la esposa legítima de Sonny. Se habían separado hacía muy poco. Tal vez Rona pueda darte algún dato interesante.

—¿Sabes dónde vive?

—Te diré el local en que trabaja. Tuve que despedirla del mío.

—¿Por qué?

—La sorprendí un día vaciando la cartera de un cliente demasiado bebido. Pudo haber esperado a llevárselo a su casa, ¿no crees?

—Era muy impaciente —rió Sage.

—Otros clientes la vieron también. El despido fue fulminante; de allí salió disparada a la calle. No puedo permitir la mala fama en mi negocio, Kim.

—Sí, se comprende. ¿Cuál es el local donde actúa ahora?

—

Jarrie's

, calle Novena, dos mil doscientos cinco.

—Iré a verla en cuanto tenga ocasión —aseguró Sage—. Pero antes, dime, ¿has oído hablar alguna vez de un lugar llamado Green Eights?

—No, nunca.

Sobrevino una pausa de silencio. Sage bajó la vista hacia el atractivo escote de la mujer.

—Estoy viendo, pero... ¿puedo tocar?

—Prueba —sonrió Dolly.

Sage introdujo una mano y aprisionó un seno redondo, elástico y firme. Bajo sus dedos, el pezón se endureció instantáneamente.

Dolly puso la mano en el muslo izquierdo del joven.

Suspiró.

El brazo de Sage se enroscó en torno a su cintura. Dolly echó la cabeza hacia atrás. Tenía la boca entreabierta y su lengua asomaba ligeramente.

Sage la besó, primero lentamente, muy despacio, rozando apenas sus labios. Luego disparó su lengua y buscó la de Dolly. Ella se convulsionó violentamente.

El peinador y la parte superior del camisón dejaron de cubrir el torso femenino. Sage bajó la cabeza y empezó a recorrer con los labios los hermosos pechos femeninos. Ella se retorció como una posesa.

—Kim, Kim...

—Cuando alguien entrega un ramo de flores, se le da propina —dijo él maliciosamente.

—¿Qué propina quieres? —preguntó Dolly.

Sage continuó con sus ardientes caricias. Dolly estaba completamente derrotada.

—Por favor, no puedo más... —gimió.

Sage la tendió sobre el diván y terminó de desnudarla. Luego, lentamente, sin prisas, empezó a quitarse él también sus ropas.

—No des nunca una propina como ésta —dijo, en el momento de lanzarse al asalto de una fortaleza que ya se había rendido incondicionalmente.

* * *

Acababan de servirle el primer plato cuando vio a Hope que se sentaba frente a él.

—Hola —sonrió la muchacha.

—¿De dónde sale? —preguntó Sage.

—El conserje de su casa me indicó dónde podía encontrarle.

—No le ha pedido esta vez la llave maestra, ¿verdad?

—Prefiero cenar con usted, si no tiene inconveniente. Ah y ya

me pagaré yo la consumición.

—Como guste.

Sage agitó una mano y la camarera vino para tomar el pedido. Hope puso los codos sobre la mesa, entrelazó los dedos y apoyó en ellos la barbilla.

—¿Alguna novedad?

—Una pista, pero aún no sé identificarla.

—¿Cómo?

—Se trata de un lugar llamado Green Eights. No sé dónde está.

Hope casi se levantó de su asiento al oír aquel nombre.

—¡Increíble! —dijo.

—¿Qué pasa? —exclamó Sage—. ¿Acaso usted...?

Ella movió la cabeza afirmativamente, pero no dijo nada, porque la camarera llegaba en aquel momento con su cena.

—Conozco el lugar —manifestó después—. He estado allí en una ocasión. Estuve a punto de comprarme una casita de recreo.

—¡Caramba, es sorprendente! —dijo Sage—. ¿Qué hay en Green Eights, Hope?

—Se trata de un conjunto residencial, situado en las montañas, a setenta kilómetros, muy cerca de la cola del embalse de Blue River Dam. Un paraje maravilloso... pero caro para mi bolsillo. Tuve que abandonar los sueños de pasar allí los fines de semana.

—Por lo visto, parece un sitio de lujo.

—Hombre, no viven allí gente tipo Onassis ni Rockefeller, pero sí personas en muy buena posición económica. No hacen ruido en las revistas ni dan escándalos en general, aunque si tienen dinero.

—Ya usted no le llegaba... —sonrió el detective.

—El precio resultaba excesivo —suspiró Hope—. Bien, ¿qué hay en Green Eights, Kim?

—Linda Holmes fue allí, desde el motel en que trabajaba, *The Fire Wheel*. Es todo lo que puedo decirle por el momento.

—Oiga, voy a hacerle una proposición —dijo ella impulsivamente.

—Supongo que será interesante.

—Claro. ¿Por qué no vamos mañana los dos allí? Hay un restaurante donde se come bastante bien, un embarcadero, con lanchas de alquiler... Podríamos pasar un día estupendo, ¿no le parece?

—Por mi parte, no hay objeción —aceptó Sage.

—Podemos salir temprano, a las nueve de la mañana... —De pronto, Hope se puso seria, casi lacrimosa—. Ya ve, yo, aquí, hablando de divertirme y el pobre Willie, ya bajo tierra...

Sage puso una mano sobre la de Hope.

—Ánimo, muchacha —dijo persuasivamente—. Encontraremos al asesino de Willie.

Ella, con los ojos humedecidos, asintió.

—Su muerte está relacionada con el asunto de Linda Holmes —dijo.

—Sí, ya no hay dudas al respecto.

—¿Cree que pudo ser ella? —preguntó Hope ansiosamente.

—Eso es algo que no se puede asegurar todavía. Pero también cabe la posibilidad de que se haya escondido, para evitar ser asesinada.

—Entonces, tendremos que decírselo...

—Si la encontramos.

—Al menos, debemos intentarlo.

—Por supuesto.

Hope pareció tranquilizarse muy pronto al terminar de cenar, salió a la calle, acompañada de Sage.

—Le esperaré a las nueve en punto, en la puerta de su casa —dijo la muchacha.

—Muy bien.

Hope miró a derecha e izquierda.

—Usted se queda —adivinó súbitamente.

—Voy a ver si consigo hablar con la viuda de Sonny —dijo él.

—La viuda de... ¿Puedo acompañarle?

—Se le pondrían las orejas coloradas. No es un sitio para una chica de su clase.

—Estoy acostumbrada a...

Sage la empujó suavemente hacia el coche.

—Váyase a casa y descanse —dijo.

Hope sonrió.

—No se deje llevar por... las circunstancias —advirtió, en tono malicioso.

Sage pensó en la ardiente y voluptuosa Dolly. No, no había cuidado de que se dejase llevar por lo que, eufemísticamente, Hope

denominaba circunstancias.

—Seguiré su consejo —prometió.

El

Jarrie's

estaba lleno de humo, olor a perfume barato y a desodorante y, en algunos rincones, también olía a desinfectante. La mayoría de los clientes debían de tener callos en la pituitaria, supuso Sage, lamentando no disponer de un traje espacial, indudablemente la vestimenta más adecuada para aquel antro.

En el pequeño escenario, dos mujeres, completamente desnudas, interpretaban un número de lesbianismo. Evidentemente, querían evitar ese vicio en otras mujeres, tan desastrosa era su actuación. Ver aquello y abominar del lesbianismo, todo era uno.

Sentados a una mesa, dos homosexuales se besaban codiciosamente, sin hacer caso de los demás. Un poco más allá, había un cubículo, con la entrada tapada por unas cortinas, que se movían incesantemente. De pronto, se abrieron y una mujer desnuda rodó por el suelo, pero se volvió a meter en el acto, en medio de las carcajadas de todos los presentes.

Sage movió la cabeza y braceó para acercarse a la barra. Las lesbianas terminaron su número y se fueron, acompañadas por una salva de dicterios e insultos de todas clases. Una de ellas se volvió bruscamente y sacó el vientre, en un obsceno gesto de desprecio. Alguien fue a tirarle una botella, pero un fornido camarero se lo impidió con un seco golpe en la nuca. Luego, con la ayuda de un colega, sacó al provocador a la calle.

Sage puso un billete de diez dólares sobre la barra.

—Quiero hablar con Rona Chattoo —dijo.

El barman le dirigió una atrabiliaria mirada.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Papá Noel, que viene con los regalos de Navidad.

—Estamos en julio.

—Así los tendrá ya seguros. Estos días abunda mucho el trabajo y por eso reparto antes —contestó Sage desenfadadamente—. Pero si no quiere el dinero...

La mano del barman se apoderó velozmente del billete.

—Vaya por la puerta del fondo, a la derecha. Luego siga por el pasillo de camerinos. Pero antes debería de haberse comprado un

casco de trabajador de la construcción.

—La chica pega, ¿eh?

—Tiene el mismo genio que una serpiente de cascabel con dolor de muelas. Los gastos de hospital, por su cuenta —añadió el individuo con cáustico acento.

—Lo tendré en cuenta, amigo.

Sage se deslizó lateralmente, hasta alcanzar la puerta indicada. Asió el pomo y lo hizo girar, para pasar al otro lado.

El pasillo estaba escasamente iluminado y olía fuertemente a desinfectante. Era un lugar repugnante, el más indicado para apagar la sensualidad de las personas. Ganas le dieron de salir corriendo, pero, pensando en los cien mil dólares de la recompensa ofrecida por Heenan, hizo un esfuerzo de voluntad, tragó saliva y siguió adelante.

CAPÍTULO VI

Cuando entró en el camerino, después de que la ocupante diera su permiso, vio un espectáculo singular. Sentada en una silla, desnuda de la cintura para arriba, Rona, con lentes, cosía un vestido.

—¿Qué quiere usted? —preguntó la mujer desabridamente.

—Señora Chattoo...

—Sí, ése es mi nombre. ¿Quién es usted?

—Kim Sage, señora. Deseo hablar con usted acerca de su difunto esposo, Sonny Feldon.

—Ah, el grandísimo hijo de puta... No sabe qué descansada me quedé, cuando leí la noticia de que alguien lo había enviado al otro mundo. ¿Era usted amigo suyo?

—Bueno, amigo de un amigo de Sonny...

—¡Ugh! —dijo Rona—. Vaya clase de amigos que tenía usted, muñeco. —La aguja le resbaló, se pinchó en un dedo y soltó una obscenidad—: ¡Mierda de vestido! No sé para qué me molesto en recoserlo, si luego tengo que quitármelo en el escenario. Siga, hombre, siga, no se quede callado.

—¿Sabe por qué mataron a Sonny?

—¿Y a mí qué coño me importa? ¿Por qué no se lo pregunta a su compañero del alma, Max Caesar?

—¿Compañero del alma? —se extrañó Sage.

—Claro, hombre. —Rona se puso en pie y dejó el vestido a un lado. Se frotó los senos con ambas manos y, acercándose a un espejo agrietado, empezó a retocarse los párpados—. ¿Por qué cree que nos separamos Sonny y yo?

—No tengo la menor idea, señora.

—Pero, serás idiota... Llámame Rona, demonios. ¿Dónde te crees que estamos, en la Casa Blanca?

Rona se echó a reír bruscamente y se quitó las faldas, quedándose completamente desnuda, sin importarle en absoluto la presencia de un visitante. Se rascó el vientre, luego la entrepierna y acabó sentándose para ponerse unas medias negras.

—Sonny tuvo siempre ciertas inclinaciones homosexuales, aunque yo conseguí atraerlo al buen camino —prosiguió la mujer—. Pero fue solo por una temporada luego, el gusanillo empezó a picarle y... En fin, nos peleamos unas cuantas veces, rompimos una vajilla entera y él acabó yéndose a vivir con Max Caesar.

—Yo tenía entendido que su amigo verdadero era Willie Sanders —dijo Sage.

—Sólo para los negocios y nunca pude saber bien qué clase de negocios se traían entre manos esos dos tipos. Nada honrado, por supuesto. Para los otros asuntos, Max Caesar era su solución. ¿Eh, comprendido, muñeco?

—Sí, señora... Perdón, Rona.

La puerta del camerino se abrió en aquel momento. Un traspuente avisó:

—Rona, te quedan cinco minutos.

—¡Ollie! —gritó la mujer.

—Dime, Rona.

—¿Quién va a ser mi pareja en el número de esta noche?

—Fred Caine.

—Menos mal. Gracias, Ollie.

La puerta se cerró. Rona miró al joven y le guiñó un ojo.

—Fred y yo tenemos que representar el numerito de los recién casados que llegan al hotel para pasar su noche de bodas. Ella es virgen y... Bueno, las cosas hay que hacerlas bien o no hacerlas. Tuve una pareja que no reaccionaba como un hombre... y en el escenario es preciso representar la comedia como si fuese auténtica... ¿Lo entiendes, muñeco?

—Sí, desde luego.

Rona se encogió de hombros.

—Hay que ganarse la vida como se puede —filosofó—. Por cierto, ¿qué interés tienes tú en Sonny? ¿Eres de la Policía?

—No. Me interesaba hablar con él... ¿Dónde vive Caesar?

—Ultimamente, tenía una habitación en el

Ryder's

, de la calle Veintidós. Pregunta allí, es todo lo que puedo decirte.

—Gracias, Rona.

Sage metió la mano en el bolsillo, sacó un billete de veinte dólares y lo dejó sobre la mesilla. Rona le miró sorprendida.

—Eh, que yo no te he pedido nada —dijo.

Sage sonrió. Se acercó a la mujer, todavía desnuda, le puso ambas manos en los hombros y le dio un beso en la mejilla. Rona le miró como hipnotizada.

—Esto no me había pasado jamás en la vida —murmuró—. ¿Eres un príncipe encantador?

—No, sólo un hombre agradecido. Adiós, Rona.

—Adiós, tú... como te llames...

Pero Sage abría ya la puerta. Rona dirigió una mirada al billete y meneó la cabeza.

—Las cosas que hay que ver en este mundo —murmuró.

Inmediatamente, Sage fue al

Ryder's

, en donde el conserje de noche le informó que Max Caesar estaba ausente de la ciudad, aunque confiaba en que volvería al día siguiente. Sage le dejó una tarjeta y cinco dólares, con el encargo de que Caesar le llamase en cuanto volviera y luego se dirigió a su casa. Sentíase cansado y sólo deseaba meterse en la cama.

* * *

El arco, rústico, de grandes troncos apenas desbastados, sostenía el gran rótulo de tablones, en el que se podía leer el nombre de «RESIDENTIAL VILLAGE. GRENN EIGHTS». Había una gran explanada, entre los altísimos pinos y a un lado, semiescondida, se divisaba la cabaña donde estaban las oficinas de recepción e información.

Un cartel señalaba el camino al restaurante, por medio de un sendero que serpenteaba entre la espesa arboleda. Las colinas del fondo estaban salpicadas aquí y allá de villas, blancas unas, otras construidas con troncos en las fachadas exteriores, pero con el interior rebosante de comodidades.

El final del embalse se entreveía apenas a través de los árboles, anchuroso, quieto, de aguas muy azules. Sage condujo el automóvil hasta la recepción y se apeó, seguido de Hope.

En la puerta había una muchacha, con un liviano uniforme marfil y azul celeste.

—¿Puedo servirles en algo, señores? —se ofreció, con amplia sonrisa—. Me llamo Susan Blackwood.

—Estamos buscando a una persona conocida..., pero también buscamos información para la posible adquisición de una villa —dijo Sage—. ¿Puede ayudarnos, señorita? Soy Kim Sage. Ella es Hope Worth.

—Para eso estoy aquí, señor Sage —contestó la empleada—. ¿Quiere decirme, por favor, el nombre de su amigo?

—Es una mujer, Paula Roberts.

La recepcionista hizo un gesto con la cabeza.

—No lo recuerdo bien —dijo—. Soy relativamente nueva y el gerente no está ahora... Pero tengo un fichero... ¿Quieren pasar, por favor?

—Encantados, señorita Blackwood.

Entraron en la oficina. Susan fue al fichero, lo consultó durante unos momentos y luego se volvió hacia los visitantes.

—La propiedad de la señorita Roberts es el número

E-12

y se llama «Villa Charlotte». Les daré unos folletos de propaganda, con el plano correspondiente y así se podrán orientar sin dificultades. También les indicaré algunas villas en venta, para que las vean desde el exterior. Si les agradasen, vuelvan y les acompañaría con mucho gusto, porque no creo que el gerente tarde ya mucho en regresar.

—Está bien, mil gracias, señorita Blackwood.

Sage y Hope salieron fuera del edificio, acompañados por Susan. Un coche llegaba de las colinas en aquel momento y su ocupante se detuvo unos instantes lénle a la recepción.

—¡Susan!

—Dígame, doctor Balk —contestó la recepcionista.

—Le dejo la llave. Haga que limpien mi villa, por favor.

—Sí, doctor, descuide.

Los ojos de Balk se lijaron entonces en Sage.

—Es curioso —sonrió—. No esperaba verle por aquí, Kim.

—He venido a acompañar a la señorita Worth. Probablemente, se comprará una casa en la zona —dijo Sage.

—Es un magnífico lugar de descanso, Kim —elogió Balk—. ¿Cómo marchan sus investigaciones?

Sage arqueó las cejas. Balk se echó a reír.

—No tema, hombre. Jimmy y yo somos buenos amigos y me lo ha contado todo. Pero, como médico, sé lo que es el secreto profesional y me imagino que a usted le pasa lo mismo. Disculpe la impertinencia, Kim.

—No se preocupe, doctor.

Balk agitó una mano.

—Encantado, señorita Worth.

Hope contestó con una ligera inclinación de cabeza. Balk embragó, pisó el acelerador y arrancó a toda velocidad, con un estruendoso rugido del motor de su coche deportivo.

—Debe de ser un buen médico y ganar dinero —comentó Sage—. Esos coches no los tiene todo el mundo.

—El doctor Balk es va muy afamado, pese a su juventud —dijo Susan.

Sage la miró y la recepcionista se sonrojó vivamente. No había duda; Susan había sucumbido a los encantos varoniles del doctor. Ocultando una sonrisa, volvió al coche y lo puso en marcha.

* * *

—Villa Charlotte —dijo Hope un cuarto de hora más tarde, mientras contemplaba la casa de estilo español frente a la cual se habían detenido—. El nombre es todo un síntoma, ¿no te parece?

—El nombre de su madre —murmuró Sage.

La casa era de una sola planta, con porche de arcos de medio punto y tejado de tejas rojas. Todas las ventanas y la puerta estaban protegidas por rejas. La piscina aparecía vacía.

—Ella no está —dijo la muchacha.

Sage desembarcó del coche y cruzó el jardín. Sus llamadas no tuvieron la menor respuesta. Decepcionado, volvió junto a Hope.

—Si se ha marchado, ¿cómo no la ha visto Susan?

—Bien, Susan está empleada solo durante el día. Ella ha podido marcharse muy temprano y sólo la habrá visto el guarda nocturno —supuso Hope.

—Muy lógico —convino Sage—. Pero, de momento, ya sabemos

que Linda Holmes, bajo el nombre de Paula Roberts, es propietaria de esta villa. Forzosamente, los documentos y demás trámites tuvieron que ser realizados a través de un abogado. El gerente nos lo dirá, sin duda.

—Luego, me imagino —dijo Hope.

—¿Cómo?

—Hay un restaurante y se alquilan lanchas de motor. Además, he traído el bañador...

—Tienes razón; todo se puede hacer en este mundo: trabajar y divertirse.

Media hora más tarde, se hallaban en el centro del río, cuya corriente, en aquel lugar, era inapreciable por las condiciones de la zona. Hope, ataviada con un «dos piezas» de color blanco, se puso en pie sobre la proa de la motora y saltó al agua con la gracia de una ondina.

Sage, también con pantalón de baño, estaba sentado en uno de los bancos y contempló los graciosos movimientos de la muchacha. Al cabo de unos minutos, ella regresó a la embarcación y se asió a la borda con ambas manos.

—¿Qué, no se anima a mojarse un poco? —preguntó, húmedo el rostro, chorreante el cabello y la sonrisa en los labios.

—Soy muy perezoso —contestó él—. Prefiero descansar aquí, tomando el sol...

Hope se izó a la embarcación y fue a coger una toalla pero, de pronto, le pegó un fuerte empujón, lanzándolo al agua. Sage se sumergió, para reaparecer casi enseguida. Ella, a gatas sobre la proa, reía alborozadamente. De pronto, se le soltó la presilla del sujetador y éste cayó al suelo, dejando al descubierto sus senos.

Sonrojada hasta las orejas, Hope recogió con presteza la pieza y se cubrió el pecho, mientras le tocaba a Sage el turno de la risa. Ella, sentada sobre los talones, le miró un tanto enojada.

—No debiera reírse, Kim —dijo.

—¿Prefiere que me eche a llorar?

Hope dudó un momento. Se aseguró bien el broche y luego saltó al puesto del piloto.

—Será mejor que regresemos —propuso secamente.

—Hope, no se enfade conmigo. Lo que ha pasado... es un accidente sin importancia, mujer: no tiene porqué tomárselo así, tan

a pecho... Un pecho muy bonito, todo hay que decirlo.

Ella volvió la cabeza un poco y le miró fijamente durante unos segundos. Luego, de pronto, se echó a reír.

—Vamos, suba; estoy muerta de hambre y en el restaurante sirven unos filetes asados magníficos.

Sage apoyó las dos manos en la borda de la lancha. El embalse, en aquel punto, tenía casi mil metros de anchura. El embarcadero quedaba casi a unos quinientos metros de distancia. De pronto, se oyó el zumbido del motor de un avión.

En el cielo se vio un chispazo metálico. Luego, el avión viró ceñidamente y descendió con rapidez hacia las aguas.

—Eh, se va a estrellar —gritó la muchacha.

Sage contemplaba con curiosidad las evoluciones del aparato. De pronto el piloto lo estabilizó, suavemente al principio, con mayor fuerza después, hasta dejarlo a unos cincuenta metros de la superficie de las aguas. En el mismo instante, avanzó la palanca de gas a fondo.

—Si le ven los de la Patrulla Civil Aérea, le van a dar una buena reprimenda —comentó Sage, todavía con la mitad inferior del cuerpo dentro del agua.

El avión se acercaba raudamente. Sage pudo ver que una de sus ventanillas laterales, era de cabina cerrada, estaba abierta. Casi en el mismo instante, vio brillar una serie de rapidísimos fogonazos en aquel punto relativamente penumbroso del avión.

CAPÍTULO VII

El tableteante estruendo de las detonaciones resonó claramente por encima del rugido del motor. Sage vio delante de él una línea de chorritos de líquido que se elevaban verticalmente hacia arriba. Hope, asustada, chilló con toda la fuerza de sus pulmones.

La ráfaga quedó corta, a veinte metros de distancia. Sage, atónito, giró la mitad superior del cuerpo y vio que el piloto se remontaba, virando ceñidamente a la izquierda, con el motor al régimen máximo de potencia. Inmediatamente, presintió lo que iba a suceder.

—¡Kim! ¿Qué es lo que está sucediendo aquí? —preguntó Hope, llena de pánico.

Sage no contestó en el momento. Toda su atención estaba centrada en seguir con la vista las evoluciones del avión atacante que se había remontado a unos quinientos metros y viraba de nuevo, para repetir la maniobra.

Entonces, nadó suavemente y pasó al otro lado de la lancha.

—Hope, ven aquí —llamó.

La muchacha se tiró al agua sin necesidad de que él repitiese la orden. Sage se mantuvo a flote, sujetándose con las manos, mientras miraba por encima de la borda.

El avión se acercó a toda velocidad.

—¡Cuidado, ya está ahí! ¡Sumérgete, Hope!

Ella obedeció en el acto. Sage se pegó al costado de la canoa. La metralladora rugió de nuevo y Sage pudo percibir con toda claridad el golpeteo de las balas contra el casco. De repente, percibió una extraña explosión.

—Sólo eso nos faltaba —gruñó.

Hope asomaba en aquel momento.

—¿Se ha ido? —preguntó.

—Nosotros somos los que nos vamos —contestó él—. ¡Pronto, nada todo lo aprisa que puedas!

Salían llamas del compartimiento del motor. Sage braceó furiosamente, lo mismo que la muchacha. Alguna de las balas, pensó él, había dado en el tanque de gasolina y una chispa, provocada por el roce violento del impacto, había inflamado el combustible.

De repente, se produjo la explosión, ensordecedora, espectacular. Trozos de la estructura de la lancha volaron por los aires, al mismo tiempo que se alzaba una gran columna de humo negro, en cuya base se agitaban furiosamente las llamas. El fuego envolvió toda la embarcación de forma casi instantánea.

De pronto, Sage oyó nuevamente el zumbido del avión.

—Hope, tiéndete de espaldas —indicó—. Fingiremos estar muertos.

Ella entendió bien pronto lo que Sage quería decirle. El joven, por su parte, quedó boca abajo, con la cara sumergida, moviéndose lentamente sobre las aguas que ya recobraban de nuevo su calma.

El avión pasó a veinte metros de altura sobre ellos, con más lentitud en esta ocasión. Hope, con los ojos muy abiertos, pudo ver un rostro humano en la cabina del piloto, aunque oculto en parte por unas gafas de color. Luego, el piloto dio gas a fondo y el aeroplano se alejó velozmente.

Sage asomó la cabeza fuera del agua y respiró a pleno pulmón.

—¡Kim, ya se ha ido! —gritó ella.

Sage se limpió el agua de los ojos. A veinte pasos de distancia, la lancha era ya sólo un pecio flotante en llamas.

—Vamos a tener que nadar un ratito, Kim —dijo Hope.

—No lo creas. —Sonrió él—. Ya vienen a buscarnos.

Hope volvió la vista. A unos mil metros de distancia, se veía el doble chorro de espumas, levantado por la proa de una motora, que se desplazaba hacia allí a toda máquina.

—Pero esta vez —añadió el joven—, no nos libraremos de las explicaciones a la policía. Hope, voy a darte instrucciones acerca de lo que vas a contestar, ¿sabes?

—De acuerdo, Kim.

El sargento de la Policía del Estado cerró su libreta y la guardó en uno de los bolsillos de su uniforme.

—Muchas gracias, señor Sage —dijo—. Nos pondremos en contacto con usted, cuando hayamos averiguado algo. —Meneó la cabeza—. Se han salvado de una buena —comentó.

—Hemos tenido suerte —sonrió Sage—. Gracias, sargento.

El interrogatorio había tenido lugar en el propio restaurante del conjunto residencial. Por fortuna, había casetas de baño y tanto Hope como Sage habían dejado allí sus ropas, lo que les había permitido vestirse, una vez rescatados.

Un hombre aguardaba a poca distancia a que terminase el interrogatorio. Era el gerente de Green Eights y el hombre parecía anonadado por lo ocurrido.

—Nunca había visto una cosa semejante —dijo, cuando, al fin, pudo acercarse a la pareja—. Esto será un descrédito enorme para nosotros...

—No lo crea —contestó Sage—. Sin duda, se trata de un demente, al que no hay que hacer mucho caso. En estos tiempos, hay muchos cerebros desequilibrados.

—Es posible —suspiró el gerente—. Siempre hay tipos con ansia de notoriedad... Bien, la señorita Blackwood me dijo que habían venido a visitar a Paula Roberts.

—En efecto, así es, pero ella no estaba en su villa.

—Dudo mucho de que vuelva. La ha puesto en venta.

Anoche durmió en la villa y se marchó hoy muy temprano, casi antes de que amaneciera, según me ha informado el guarda de noche.

Sage contuvo una interjección.

—Habrá dejado señas...

—No, lo siento. Todo lo que puedo hacer es darles el nombre del abogado que formalizó la transacción en su nombre. Quizá él sepa la nueva dirección de la señorita Roberts.

—Se lo agradeceré —dijo Sage—. Aparte de ello, tenemos interés en comprar una villa aquí pero, por supuesto, será preciso que volvamos otra vez, para ver las cosas con más calma.

—Siempre serán bien recibidos —aseguró el gerente, que se

marchó minutos después, tras haber facilitado la dirección del abogado de la mujer a la que andaban buscando.

Sage sonrió, a la vez que fijaba la vista en el rostro de la muchacha.

—Hope, antes mencionastes algo sobre unos filetes magníficamente asados —recordó.

—Pero ¿tienes apetito? A mí se me ha pasado...

—Yo estoy muerto de hambre y no me muevo de aquí, sin antes haber calmado las protestas de mi estómago —contestó Sage alegremente.

Cuando regresaron a la ciudad, anochecía ya, Sage detuvo el coche frente a su casa.

—Voy a cambiarme de ropa —dijo—. ¿Quieres tomar una taza de café?

—Sí. ¿Piensas salir luego, Kim?

—Tengo que ver a un marica y no quiero posponerlo más tiempo, si ha vuelto a la ciudad —respondió el joven.

—¿Un... homosexual? ¿Te tratas con esa clase de gente? —preguntó ella, visiblemente alterada.

—Muchacha, en mi oficio, es preciso tratar con todo tipo de gentes —dijo él, sentencioso—. Y ese tipo es, era, el amigo íntimo de Sonny Feldon.

Hope hizo una mueca.

—No te acompañaré —declaró.

—Será mejor que te quedes en casita, sí —aprobo él.

Salieron del coche y cruzaron la acera. Momentos después, Sage abrió la puerta de su apartamento. Desde la entrada, vio algo que le hizo fruncir el ceño instantáneamente.

—Alguien ha entrado en mi ausencia —exclamó.

—¿Cómo?

Había una silla volcada y tres o cuatro cojines esparcidos por el suelo. Al pie de una estantería, se veían media docena de libros, arrojados al suelo sin ninguna consideración.

Sage cruzó la sala, fue a su despacho y abrió el cajón central.

—Se la han llevado —dijo.

—¿Qué se han llevado, Kim? —preguntó Hope.

—La carpeta que me entregó Heenan.

Ella se puso una mano en la boca. Estaba enterada del contenido

de la carpeta.

—Entonces... se han llevado también la fotografía con las huellas dactilares de Nancy —exclamó.

—Exactamente —corroboró Sage.

* * *

El conserje del edificio, en contestación a la pregunta de Sage, dijo que, en efecto, Max Caesar había vuelto aquella misma tarde y que no había salido de casa. Sage agradeció la información con un billete de cinco dólares y se encaminó hacia el ascensor.

—Por cierto —exclamó el conserje— es usted el segundo que pregunta hoy por el señor Caesar.

Sage se volvió rápidamente.

—¿Ha venido otro antes que yo?

—Sí, señor. Estuvo muy poco, cosa de diez minutos. Se marchó hará cosa de una hora, hora y media...

—No le diría su nombre supongo.

—No, señor.

En aquel momento, Sage se sintió acometido por un horrible presentimiento.

—Dígame, ¿recuerda usted el aspecto que tenía ese sujeto?

—Pues... vestía un poco estrafalario, quiero decir, de una forma que no parece adecuada al tiempo. Ropas negras, incluso la camisa o lo que fuera, sombrero con el ala echada hacia adelante, gafas oscuras... Ah, sí, bigote y barba y también bastón, porque cojeaba.

—No le habría visto antes por aquí, imagino.

—No, señor; era la primera vez que le veía.

Sage emitió una sarcástica risita.

—Y también, supongo, llevaría las manos enguantadas.

—Pues, sí, señor... pero ¿cómo lo sabe usted? ¿Acaso lo conoce?

—No, pero si quisiera cometer un delito, me vestiría exactamente así, como usted ha dicho. Es una indumentaria muy llamativa, que se puede recordar fácilmente... pero completamente distinta de la que usa de ordinario.

El conserje se asustó.

—Ese hombre, ¿vino a cometer algún... delito?

—Temo lo peor, amigo mío —dijo Sage—. ¿Quiere

acompañarme, por favor?

—Sí, claro, con mucho gusto...

El hombre estaba verdaderamente impresionado y entró en el ascensor junto con Sage. Momentos después, llegaban a la puerta del apartamento ocupado por Max Caesar.

Sage tocó con los nudillos pero no contestó nadie. Entonces, se arriesgó a hacer girar el pomo. La puerta se abrió sin dificultad.

Caesar estaba sentado en el diván, con las manos sobre los muslos y la cabeza reclinada en el respaldo.

—Oh, se ha quedado dormido —exclamó el conserje—. Por eso no oía las llamadas.

Sage arrugó el entrecejo. Aquella inmovilidad le resultaba muy sospechosa.

Lentamente, se acercó al supuesto durmiente, que tenía la chaqueta abrochada. Puso dos dedos en su mejilla y la encontró ya fría.

—Sí, está dormido, pero para siempre —dijo.

A sus espaldas sonó de pronto un sordo golpe.

Alarmado, Sage se volvió. Pese a lo trágico de la situación, no pudo contener una ligera sonrisa. El conserje se había desmayado.

Inspiró con fuerza. Luego hizo lo único que cabía hacer en aquellos momentos: llamar a la Policía. Y, a continuación, se ocupó de reanimar al conserje.

CAPÍTULO VIII

Estaba tumbado boca abajo, con la cabeza cubierta por la almohada y alguien, de pronto, le golpeó con fuerza en las posaderas. Sage emitió un grito de protesta y se sentó de golpe en la cama.

—Éstas no son formas de despertar a la gente —protestó.

Erguida al pie del lecho, Hope sonreía burlonamente, a la vez que alargaba el brazo izquierdo de forma ostensible, para enseñar el reloj.

—Las doce y media —dijo—. ¿Te parece bonito estar tanto tiempo en la cama?

—Me acosté tarde —repuso él, acariciándose el pelo revuelto con la mano.

—¿Estuviste de juerga?

Sage demoró la respuesta unos instantes. Hope vestía ahora de una forma muy distinta a como él la había visto hasta entonces. Llevaba una blusa sin hombreras, sostenida solo con dos delgadas tiras, de color amarillo muy vivo y un amplio escote y pantalones negros, sumamente ajustados. Los zapatos eran de tacón alto y el bolso era grande, con una larga correa, de gruesa sarga amarilla.

Al cabo de unos segundos, recobró el habla.

—Caramba, estás desconocida —observó.

—¿Tengo algo distinto? —preguntó Hope.

—Todo. Te veo... Bueno, prefiero no decirlo, porque te enfadarías.

—Sí, será mejor que te guardes para ti tus pensamientos, lujurioso individuo.

—La culpa no es mía, sino de las mujeres hermosas que se ponen a tiro.

—Conmigo,errarás el blanco. No soy de esas —respondió Hope

rápidamente.

—Sí, tú eres de la clase de mujeres que defienden su virtud hasta el sacrificio de la propia vida —dijo él con sarcasmo.

—¿Acaso preferirías que me desnudase inmediata mente, para meterme en la cama contigo?

—Hope, puedes estar segura de una cosa: si lo hicieras, no te rechazaría en absoluto.

Ella le sacó la lengua.

—Olvidalo, guapo —dijo—. Bueno, ¿te levantas, o qué?

—Sí, claro, ahora mismo.

Sage estaba completamente desnudo, aunque cubierto el cuerpo en parte por una sábana. La apartó a un lado y se puso en pie. Hope lanzó un chillido y salió corriendo del dormitorio, mientras Sage se ponía la bata, riendo desafortadamente.

Asomó la cabeza. Hope estaba en el salón, encendiendo un cigarrillo, evidentemente, muy nerviosa.

—Kim, éstos no son momentos para las bromas —se quejó—. Ya tenías que estar trabajando por ahí... ¿Acaso no recuerdas que te robaron la carpeta de Heenan?

—Lo recuerdo perfectamente.

—Entonces, ¿por qué te lo tomas con tanta despreocupación?

—Muñeca, debes saber que eran casi las cuatro de la madrugada cuando la Policía me permitió venir a casa.

—¿Cómo? ¿Estuviste detenido? —se asombró la muchacha.

—No. Fui a ver a Max Caesar y lo encontré muerto. Me acompañaba el conserje de su casa y, naturalmente, no podía marcharme de puntillas. Tuve que quedarme y... Bien, imagínate el resto.

—Es asombroso —exclamó Hope—. ¿Quién anda por ahí, asesinando a todos los que tuvieron relación con mi hermano?

—Con tu hermano y con Nancy Heenan, alias Linda Holmes y Paula Roberts. Pero no dejes de olvidar que se trata de un asunto de cuatrocientos cincuenta millones de dólares y que, por la diezmilésima parte de esa suma, hay cientos de individuos dispuestos incluso a matar a su propia madre.

Hope tenía la boca abierta.

—Diríase que... que hay alguien empeñado en evitar que Nancy reciba su herencia.

—Yo también lo pienso así —dijo Sage—. Anda, ve a la cocina y prepara algo de café, mientras me aseo. Luego iremos a ver al abogado Spellton.

—No será necesario —contestó Hope sorprendentemente—. Vengo de hablar con él.

Sage se marchaba ya, pero giró en redondo al oír aquellas palabras.

—Has estado con Spellton.

Hope movió la cabeza afirmativamente.

—Se me ocurrió visitarle al venir a buscarte, ya que me pillaba al paso —explicó—. Sí, tiene poderes de Paula para vender «Villa Charlotte», pero no sabe dónde está. Paula, Linda o Nancy, como quieras, se ha marchado y su abogado, Bradford Spellton, no puede informarnos del lugar al que se ha dirigido. Ella le dijo que ya se pondría en contacto más adelante... y eso es todo, Kim.

—Una pista que se esfuma —murmuró Sage, contrariado.

—¿Qué podemos hacer ahora? —exclamó Hope, no menos desanimada.

—Ahora que recuerdo, todavía no sé bien quién eres tú ni qué interés tienes en este asunto.

—Soy la hermana de Willie...

—Eso ya lo sé, pero ignoro el resto. ¿Por qué no me lo cuentas todo de una vez, encanto?

Hope señaló con una mano la puerta del baño.

—Vístete —ordenó.

Sage sonrió.

—Me gustas mucho, Hope —dijo. Apoyó la mano en el pomo de la puerta, pero no la abrió—: Hope, ¿te gustaría conocer la mansión de Heenan? —consultó.

—Sí, me encantaría —respondió ella.

—Entonces, luego iremos a hacer una visita al padre de Nancy.

* * *

Viking, el enorme dogo, estaba paseándose lentamente por el parque y trotó hacia los recién llegados. Sage le acarició la cabeza afectuosamente, a la vez que murmuraba algunas palabras. Hope se sentía muy impresionada por el tamaño del can.

—Me ha tomado simpatía —sonrió Sage.

Viking se acercó después a la muchacha y la olfateó varias veces. Meneó el rabo y permitió que ella le acariciase también la cabeza. Luego, el perro se tendió perezosamente a unos pasos de distancia.

—Te ha dado el aprobado —dijo Sage.

—Aún no me siento tranquila del todo. Ese bicho sería capaz de dar un susto al mismo miedo.

Sage sonrió ligeramente, a la vez que avanzaba hacia la puerta, en la que ya esperaba el mayordomo. Momentos después, se hallaban en presencia del dueño de la casa.

Sage presentó a la muchacha como su secretaria y ayudante de toda confianza. Heenan la estudió críticamente pero no hizo el menor comentario al respecto.

—Supongo que tendrá algo importante que decirme, señor Sage —dijo con voz apacible.

—Sí y no son buenas las noticias que traigo —contestó el joven—. Su hija está escondida en alguna parte no sé si voluntariamente o a la fuerza pero tengo la sensación de que hay alguien que no desea que sea encontrada.

—Explíquese, por favor.

—Me han robado la carpeta que usted me dio, en la que se incluían las fotografías de las huellas dactilares de Nancy.

Heenan arqueó las cejas.

—¿Es eso posible?

—Ha sucedido ya, señor. Precisamente por dicha razón estoy aquí. ¿Puedo saber quién le consiguió todos esos datos?

—Yo tenía algunos documentos y otros me los proporcionó Collingwood, mi abogado. Por supuesto, yo poseía las fotografías de las huellas dactilares de Nancy, pero lamento decirle que no tengo copias.

Sage meneó la cabeza.

—Esto aumentará más las dificultades —vaticinó—. ¿Cómo sigue su salud, señor Heenan?

—Hoy he pasado mala noche. He tenido muchos dolores y sólo gracias a los calmantes conseguí dormir un poco. Ya no me queda nada que hacer en este mundo —contestó Heenan serenamente.

—Lo siento infinito —murmuró el joven.

La conversación se prolongó todavía durante media hora,

después de lo cual, Sage y Hope se despidieron del millonario.

—Estoy admirada del valor de ese hombre —dijo la muchacha más tarde, cuando ya estaban en el coche de vuelta a la ciudad—. Si a mí me sucediera una cosa semejante, si supiera que sólo me quedaban cuatro o cinco semanas de vida... francamente, no sé qué haría...

—Rezar, Hope.

—Sí, rezaría mucho...

—Creo que ya puedes empezar tus oraciones —dijo él de pronto.

Al mismo tiempo, pisaba el freno a fondo, porque, al salir de la curva, había visto un coche atravesado en el camino.

* * *

Hope lanzó un grito de susto. Dos hombres corrían hacia ellos, empuñando sendas pistolas.

—¡Fuera! ¡Bájense inmediatamente, con las manos en alto! —ordenó uno de los sujetos.

—No temas —dijo Sage entre dientes.

Abrió la portezuela y se apeó, con las manos a la altura de los hombros. El sujeto que tenía frente a sí le registró rápidamente con la mano libre. El otro empujó a la muchacha, sin ninguna consideración, para situarla junto a Sage.

—No tienen armas —dijo el primero.

—Nunca las uso —declaró Sage.

—Está bien, tú, ponle a él las esposas —ordenó el que parecía llevar la voz cantante—. De los dos, es el único peligroso.

—De acuerdo.

El sujeto guardó la pistola y sacó un par de esposas, con las que avanzó hacia Sage, quien le tendió las manos mansamente. Sage dejó que la primera de las argollas se cerrara sobre su muñeca izquierda y entonces, con veloz movimiento, apresó las manos del hampón y dio un violentísimo tirón hacia sí, a la vez que bajaba la frente.

El hombre chilló angustiosamente al sentir su nariz machacada por el impacto. Pero casi en el mismo instante, Sage levantó el pie derecho, lo apoyó en su estómago y lanzó a su atacante hacia atrás con tremendo ímpetu, haciéndole chocar con su compinche.

Los dos sujetos cayeron por tierra en confuso montón. Sage dio un salto y se apoderó de la pistola caída al primero. La acción se había desarrollado con tanta rapidez, que Hope no tuvo tiempo siquiera de asustarse más de lo que ya lo estaba.

Sage sonrió.

—Las cosas han cambiado, muchachos —dijo placenteramente—. ¿Cómo te sientes, Hope?

—Me... mejor —contestó la muchacha.

—Entonces, ve al coche de estos gaznápiros, ponlo en marcha y déjalo desfrenado, ¿has comprendido?

—Sí, Kim.

Hope corrió hacia el automóvil atravesado. El camino hacía una ligera pendiente en aquellos parajes. A menos de cien metros, había una pronunciada curva, cuyo borde derecho era un largo talud, que terminaba a cuarenta o cincuenta metros más abajo. Un minuto más tarde, el coche bajaba dando tumbos por el terraplén, hasta convertirse en un montón de chatarra en el fondo.

Los dos hampones se sentían pasmados, incapaces de reaccionar, a causa de una derrota que todavía les resultaba incomprensible. Sage les apuntó sucesivamente con la pistola.

—¿Y bien, chicos?

—Bueno, no se lo tome a mal... Nos contrataron...

—Para pegarnos cuatro tiros en algún lugar solitario, ¿no?

—Por todos los diablos, no —respondió el que había hablado—.

No somos asesinos.

Sage blandió la pistola.

—Y esto, ¿qué es? ¿Un abanico de plumas?

—Mire, nos ordenaron que les cogiéramos prisioneros y los dejásemos a dos kilómetros del cruce y a cien metros a la derecha del camino, detrás de unos arbustos, eso es todo lo que sé. Pero no pensábamos matarles.

—No somos de esa clase de gente —añadió el otro hoscamente.

—¿Quién os contrató?

—No lo había visto nunca. Era un tipo con bigote y barbita en punta, cojo, porque necesitaba un bastón. Nos dio mil dólares a cada uno, es todo lo que puedo decirle.

—Os indicó que vendríamos a la residencia de Heenan.

—Sí, es cierto.

—¿A qué hora debe venir el tipo al lugar de la cita?

—No lo indicó. Sólo nos dijo que hiciéramos lo que ya le hemos contado. Teníamos también cuerdas para atarlos a un árbol... pero se han perdido con el coche.

—Y también teníamos que dejar el coche en el camino para que él pudiera saber que habíamos cumplido el contrato —añadió el otro hampón—. Dejamos el nuestro cerca del cruce.

Sage recordó que el coche destrozado era de color blanco, con una gran tira anaranjada que corría a lo largo de toda su estructura, muy fácil de identificar. El hombre misterioso llegaría y, al no ver el automóvil en el lugar acordado, pasaría de largo.

—Está bien, dame la llave de las esposas —pidió.

El sujeto obedeció. Sage les ordenó apartarse de la carretera y luego, en unión de la muchacha, regresó al automóvil.

—¿Esperarás al hombre que quería secuestrarnos? —preguntó ella, después de que el coche hubiera arrancado.

—No, ¿de qué serviría? Es un tipo muy astuto y perfectamente informado del menor de nuestros movimientos. Ya ves, incluso fue capaz de enviar un ametrallador con un avión para ver si podía quitarnos de en medio. Actúa rápido, es preciso reconocerlo.

—Kim, me pregunto por qué hace todo esto —dijo la muchacha, muy pensativa.

—Por dinero, ¿qué te creías? —respondió él, sarcástico.

Cuando llegaban a las inmediaciones del empalme con la autopista, en un trozo donde era preciso rodar a marcha reducida, se encontraron con un coche de color oscuro. El conductor le saludó alegremente, con una mano.

—¡Adiós, Kim!

—Adiós, Jimmy.

El abogado Collingwood, sentado al lado de su hijo, sonrió cortésmente. Luego, ambos coches continuaron su marcha en sentido opuesto.

* * *

Durante la semana siguiente, Sage se dedicó a la lenta y tediosa tarea de recorrer todos los moteles y paradores en doscientos kilómetros a la redonda. Presentía que Nancy Heenan no podía

hallarse mucho más lejos, escondida en alguna parte, aún no sabía si voluntariamente o a la fuerza. Y en aquellos días, sólo realizó una tarea: enseñar la fotografía que le había entregado Dolly MacClanton y preguntar a los recepcionistas si habían visto a aquella joven.

La respuesta, invariablemente, siempre era la misma:

—No, no la he visto, señor.

Sage indagó también entre los vendedores de fincas y los directores de urbanizaciones. Empeño inútil; a Nancy parecía habérsela tragado la tierra.

Al cabo de una semana, decidió tomarse un par de días de descanso. Regresó a su casa, se quitó la ropa y se puso unos pantalones cortos y una bata japonesa. Luego se sirvió una buena ración de *whisky* con hielo.

De pronto, llamaron a la puerta.

Era Hope.

—¿Qué tal, Kim?

—Entra —invitó él—. Te pondré algo de beber.

—Iré al frigorífico. ¿Tienes refrescos?

—Claro.

—No me apetece el alcohol. Uf, hace un calor bárbaro...

Hope cruzó la sala con paso ágil y firme. Sage se desplomó en el diván.

Ella vino a los pocos momentos, con un vaso de naranjada en la mano y se quedó frente al joven, los pies ligeramente separados y la sonrisa en los labios.

—Estás derrengado —dijo.

—Muerto —contestó él—. Ha sido una semana infernal.

—Y no has obtenido ningún resultado.

—Nada.

—¿Ha existido alguna vez Nancy Heenan?

—Parece como si fuese un fantasma, en efecto.

—Pero no lo es. Se trata de una mujer de carne y hueso... y puede que yo haya dado con una buena pista.

Sage levantó las cejas. Hope sonrió.

—Tampoco me he quedado quieta —añadió.

—¿Qué has conseguido? Vamos, cuéntame...

De repente, llamaron a la puerta.

—Te lo contaré más tarde, encanto —dijo la muchacha, mientras cruzaba la estancia, para abrir la puerta.

Cuando lo hubo hecho, una hermosa joven apareció a la vista de Sage y Hope.

—Hola —dijo alegremente—. Creo que me andaba buscando, señor Sage. Soy Nancy Heenan.

CAPÍTULO IX

Sage se levantó de un salto.

—Usted es...

La recién llegada hizo un gesto afirmativo.

—Soy Nancy Heenan —declaró—. Si le parece, le enseñaré mi documentación.

—Muy bien, adelante.

Hope, llena de asombro, cerró la puerta en silencio. Nancy abrió su bolso y sacó de su interior el permiso de conducción, que enseñó sin demora.

—Muy bien, señorita Heenan —dijo Sage, después de un pequeño intervalo—. ¿Me permite que la invite a un trago?

—Poco *whisky*, mucha soda y tres cubitos de hielo, por favor —pidió la joven.

—Yo se lo prepararé —se ofreció Hope.

Nancy volvió los ojos hacia la recién llegada.

—Es mi secretaria —dijo Sage—. Hope Worth, Nancy Heenan.

—¿Qué tal? —dijeron las dos al mismo tiempo.

Sage señaló un butacón.

—Siéntese, señorita —invitó.

—Gracias. —Nancy sacó una pitillera y se puso un cigarrillo en los labios—. ¿Por qué me busca, señor Sage?

—En primer lugar, ¿quién le ha dicho que la busco?

—Spellton, el abogado que se encargó de la venta de Villa Charlotte. Fui a visitarle esta mañana y me dijo que usted tenía un interés especial en verme. Me indico su dirección y aquí me tiene —contestó Nancy, a la vez que cruzaba las piernas espectacularmente.

Hope llegó en aquel momento con el vaso y se lo entregó a la muchacha.

—Gracias —sonrió Nancy, Tomó un sorbo—. Señor Sage, estoy esperando su respuesta.

—Su padre padece una enfermedad incurable. Le quedan sólo tres o cuatro meses de vida.

Nancy dejó de sonreír en el acto.

—No hablará en serio, señor Sage —exclamó.

—Por desgracia, éste no es un asunto de broma, señorita —contestó el detective—. Su padre, quien, dicho sea de paso, la ha nombrado a usted heredera universal de todos sus bienes, quiere verla antes de morir y me encargó que la buscara, eso es todo.

—Pobre papá —se lamentó Nancy—. Quién lo hubiera supuesto, tan joven todavía... Aún no ha cumplido los sesenta años, me parece...

—Cincuenta y cinco —puntualizó Sage.

—Hoy día, es la flor de la edad —dijo Nancy—. Bien, tendré que ir a verle...

—No le recibirá, señorita.

—¿Cómo?

—Su padre me encargó que fuese yo quien la acompañase a su presencia, una vez que la hubiera encontrado. Además, pienso que es conveniente prepararle para la entrevista, que, sin duda, resultará muy emocionante.

A usted, después de tantos años, no le importará esperar veinticuatro horas más.

—Claro que no —accedió Nancy, sonriendo.

—Entonces, déjeme su dirección y yo iré a buscarla. ¿Le parece bien, mañana a las diez?

—Estupendo.

La joven se marchó. Hope se sentía estupefacta.

—Pero ¿por qué no la has llevado ahora mismo con su padre? —exclamó.

Sage no dijo nada. Se había arrodillado en el suelo y tenía los ojos fijos en el vaso del que había estado bebiendo la visitante. A Hope, aquella actitud le resultó incomprensible.

—¿No me contestas, Kim?

Sage guardó silencio todavía unos momentos. De pronto, se puso en pie y caminó hacia el teléfono. Consultó la agenda, marcó un número y aguardó, ante la expectación de la muchacha.

—¿Irving? —dijo el joven de pronto—. Soy Kim. Oye, ¿puedes venir a casa con los trastos de tu oficio? Sí, necesito que me hagas un trabajito... Es muy urgente, Irving... Bien, gracias, aquí me tendrás.

Sage colgó el teléfono. Entonces, vio que Hope se disponía a llevarse el vaso en que había estado bebiendo la visitante y lanzó un grito:

—¡No lo toques!

Hope se enderezó, sobresaltada.

—Kim, ¿qué sucede? —exclamó.

—No toques ese vaso —insistió él—. Y, por cierto, cuando llegó Nancy, tú ibas a preparar café.

—Lo haré ahora mismo.

—Y también ibas a decirme que habías conseguido algo por tu cuenta. ¿De qué se trata?

—Te lo diré cuando estés vestido —respondió ella.

Sage contuvo una interjección, pero fue al baño. Al terminar, se encaminó a la cocina. Hope le entregó una taza llena.

—Creo que no tendré nada que decirte —manifestó extrañamente.

—Tú no estás bien de la cabeza —dijo Sage, enojado—. Ahora te digo esto, ahora no tengo nada que decirte... ¿Puedo saber, de una maldita vez, qué te propones?

—Era una sospecha... pero, claro, ha aparecido Nancy y...

De pronto, llamaron a la puerta. Hope echó a correr hacia la entrada y abrió.

—Soy Irving Dooley —se presentó el recién llegado, que llevaba en la mano derecha un maletín—. Perdón, señora —agregó rápidamente—, creo que me he equivocado de apartamento...

—No te has equivocado, Irving —exclamó Sage en aquel instante, desde la cocina—. Sigo viviendo en el mismo sitio.

Dooley entró en la casa, sin quitar ojo de la muchacha.

—Kim, muchacho, ¿en qué rifa te ha tocado? —preguntó.

Sage sonrió.

—Se lo pedí a Papá Noel, pero parece ser que el envío se retrasó hasta la semana pasada —contestó jovialmente—. ¿Te gusta?

—No parece una muñeca hinchable —dijo el recién llegado.

—Oh, no, en absoluto. —Sage agarró una mano de Hope y se la

tendió a su amigo—. Toca, toca sin miedo; de carne y hueso.

—No soy una yegua en una feria de ganado —protestó Hope indignadamente.

—Ojalá lo fuera, así podría comprarla yo —estalló Dooley en una atronadora risotada—. ¡Vaya hembra, macho! Cuando te canses no la tires a la basura; avísame, ¿eh?

—Las chicas como Hope no cansan nunca, Irving.

—Sí, lo mismo decía mi abuelo, el árabe.

—Si van a seguir burlándose de mi... —empezó a decir Hope, pero Sage no la dejó seguir hablando.

—Inconvenientes de ser demasiado guapa —dijo—. Irving, hermano, necesito que me hagas un favor.

—Claro. He traído todos los trastos... ¿Dónde está?

Sage condujo a su amigo hasta la mesita donde estaba el vaso en que había bebido la visitante.

—Es tuyo —indicó. Dejó algo junto al vaso y se encaminó hacia la puerta—: Te dejo con la muñeca hinchable, pero haz primero tu trabajo. Ya te llamaré más tarde.

—De acuerdo, Kim.

—Pero ¿es que me dejas en casa? —protestó Hope.

—Sí, encanto; adónde voy a ir, no se necesita compañía femenina.

Dooley soltó una risita. Hope dio un par de taconazos en el suelo.

—Ojalá te... —Pero no se atrevió a completar la frase y, tras unos segundos de indecisión, consultó—: Señor Dooley, ¿le apetece algo?

—Lo que me apetece de veras, no me lo daría usted —sonrió el interpelado maliciosamente—. Por eso me conformaré con una cerveza.

—Ahora mismo se la traigo —aseguró la muchacha.

* * *

El pequeño aeropuerto estaba quieto en aquellas horas tan cálidas. La manga que indicaba la dirección del viento aparecía caída, flácida. Los aviones brillaban al sol. De alguna parte, salían las notas de una música estridente, interpretada por un conjunto

moderno. Sage reconoció una melodía de «Sargent Pepper». Silbándola entre dientes, avanzó hacia el edificio de dirección.

Había allí un hombre, tumbado en su sillón, con los pies sobre la mesa y una gorrilla de base-ball

encima de los ojos. Sage le tocó en una pierna.

—Hola —dijo.

El hombre levantó un poco la gorra.

—Hola —contestó con voz pastosa—. ¿Necesita un avión?

—Necesito al piloto —dijo Sage, con su sonrisa más amable. Sacó un papel y se lo tendió al hombre—. Precisamente, al de este avión.

El empleado quitó los pies de la mesa y estudió lo que había escrito en el papel. Luego alzó los ojos para mirar al joven, a la vez que meneaba la cabeza.

—Lo siento —dijo—. Ese avión no tiene aquí su base.

Sage no se inmutó por la respuesta negativa.

—Aquí tienen ustedes un libro donde se anotan las horas de despegue y aterrizaje de los distintos aparatos.

—Sí, cierto.

—Necesito saber qué aparato estaba en vuelo anteayer, entre las once y las doce del mediodía. ¿Quiere consultar el libro, por favor?

—Con mucho gusto.

El empleado se dirigió a otra mesa y abrió un libro que hojeó durante unos momentos. Luego se volvió hacia Sage.

—Aquí hay uno que despegó a las diez y media y regresó a la una y cuarto de la tarde.

—Demasiado tiempo de vuelo para un avión deportivo, ¿verdad?

—Pues... quizá fue a otro aeropuerto y repostó allí... El piloto no nos dijo nada; simplemente, entregó el plan de vuelo que consistía en entrenamiento y comprobación de motor...

—¿Iba solo?

—No, vino un amigo con él. Nunca le había visto ni sé cómo se llama. Mart Thanz no me lo presentó.

—Alí, el piloto se llama Thanz.

—Sí, en electo.

—¿Cómo era su amigo?

De nuevo oyó Sage la descripción del cojo del bastón. Pero en esta ocasión, el cojo llevaba, además, un maletín de buenas dimensiones.

—Contenía la ametralladora, sin duda —masculló.

—¿Decía?

—No, nada, nada —contestó el joven, rápidamente—. Por favor, ¿puede usted enseñarme el avión de Thanz?

Un billete de veinte dólares apareció en la mano derecha de Sage, lo cual estimuló agradablemente al empleado. Inmediatamente, salieron de la oficina y caminaron bajo un sol tórrido, hasta un hangar que tenía sus puertas medio cerradas.

—Ése es —indicó el hombre.

Sage se acercó al aparato, un monomotor de ala alta, con capacidad para cuatro pasajeros y puso la mano en el fuselaje. Durante unos minutos, permaneció silencioso.

La ventanilla derecha aparecía abierta. Sage notó un olor extraño, pero, preocupado por otras cosas, no le prestó demasiada atención en el primer momento. De pronto, alargó la mano y, con el índice y el pulgar, separó algo que parecía una película de color negro.

—El amigo Thanz no estuvo en vuelo todo el tiempo —dijo.

—¿Cómo, señor?

—De aquí, al embalse de Blue River Dam, hacia la cola, hay treinta millas escasas, que se pueden recorrer en diez minutos. Otros diez para evolucionar sobre lo que casi es aún río, más diez de regreso, hacen media hora. Y él y su amigo el cojo estuvieron dos horas y tres cuartos, ¿no es así?

—Según el libro, sí, señor; aunque no entiendo lo que trata de decirme...

Sage levantó el trozo de película negra.

—Es muy simple, amigo. Thanz aterrizó en alguna parte, le bastarían tres o cuatrocientos metros de terreno llano y alteró, con adhesivos, los números de su matrícula. Luego volvió a elevarse, voló sobre la cola del embalse, regresó a su campo de aterrizaje secreto, quitó los adhesivos que componían la matrícula falsa y regresó aquí. Esas operaciones le costaron, sobre todo, la primera, las dos horas y cuarto que, en apariencia, se mantuvo en vuelo.

—Pero, no entiendo, señor —dijo el hombre—. ¿Por qué tenía

que hacer Mart una cosa semejante?

En aquel momento, Sage volvió a reparar en el extraño olor que brotaba por la ventanilla abierta del avión.

Era verano, hacía calor... y el avión llevaba allí más de cuarenta y ocho horas.

De pronto, abrió la portezuela. Un cuerpo humano, encogido sobre sí mismo, apareció a la vista.

El empleado lanzó un agudo chillido, a la vez que daba un salto atrás.

—¡Rayos! ¡Es Mart Thanz y está muerto!

—Sí —confirmó Sage—. Muerto desde hace dos días. Por eso hiede.

CAPÍTULO X

Hope terminó de cenar y apoyó los codos sobre la mesa, para poner la barbilla encima de las manos entrelazadas.

—¿Y nadie se dio cuenta de que el cojo se marchaba solo?

Sage hizo un gesto de asentimiento.

—Claro que lo vieron. Pero nadie se preocupó luego de Thanz. Es un aeródromo poco concurrido y de no muy buena fama. Algunos de los pilotos se dedican al contrabando. Todos los que están allí, cierran los ojos ante las cosas que suceden. El empleado de las oficinas vio marcharse al cojo del bastón, pero no se preocupó de Thanz. A fin de cuentas, el avión ya había sido estacionado en su hangar y Thanz había cumplido con los mínimos requisitos burocráticos.

—Entonces, el cojo lo mató...

—Después de aterrizar, Thanz hizo las anotaciones en el libro. Su pasajero aguardaba en el avión. Un *jeep* lo remolcó hasta el hangar, donde, por unos momentos, quedaron a cubierto de miradas ajenas. Yo supongo que era el momento en que Thanz aguardaba a recibir el pago de su tarea.

—Y lo que recibió fue...

—Una cuchillada en el corazón. Una muerte rápida, instantánea; ni siquiera tuvo tiempo de gritar. Probablemente, incluso, el asesino le tapó la boca con la mano. Y luego se marchó con toda tranquilidad.

Hope hizo un gesto de asentimiento.

—De este modo, evitaba compromisos posteriores —dijo.

—Exactamente; sobre todo, si se tiene en cuenta la catadura de Thanz, sujeto de pocos escrúpulos, al que no le importó alterar momentáneamente la matrícula de su avión y menos todavía le

importó hacer unas cuantas pasadas en vuelo rasante, para que Su pasajero nos ametrallase a placer.

—De todas formas, hay algo que me extraña, Kim.

—Dime, muñeca... no hinchable.

—Eso no me gusta —se enfadó la muchacha.

—Bueno, bueno, discúlpame —sonrió él—. ¿Qué es lo que te extraña, preciosidad?

—El avión apareció muy oportunamente. ¿Cómo podía saber el cojo que iban a encontrarnos en el embalse, a bordo de una lancha motora?

—Una pregunta muy conveniente —contestó él—. ¿Recuerdas cuando fuimos a casa y me encontré que habían robado la carpeta que me dio Heenan?

—Sí, en efecto.

—El ladrón puso un «chivato» en la sala.

—¿Un «chivato»? —se asombró Hope.

—Una emisora de radio, pegada bajo la mesa baja que está delante del diván.

—Entonces, supo que íbamos a ir a Green Eights...

—Y hasta es posible que le diese tiempo a conseguir que Paula Roberts abandonase «Villa Charlotte». Se mueve muy rápidamente, es preciso admitirlo —contestó Sage.

—No cabe duda, es un tipo resuelto y audaz. Pero también sanguinario. Cuatro muertos en poco tiempo...

—Gente que le ayuda y que luego se convierte en un estorbo, en algunos casos. En otros, simplemente, cerró bocas comprometedoras; como la de Willie.

—La vida que hacía Willie últimamente no era demasiado honesta, pero yo le recordaré siempre, como el hermano mayor que cuidó de mí cuando era una niña y que pagó mis estudios —dijo Hope, tristemente.

—¿Qué estudios, encanto?

—Enfermera diplomada. Y me faltan solamente dos cursos, para doctorarme en medicina.

Sage silbó.

—Será maravilloso tener el médico en casa —sonrió—. ¿Trabajas en alguna clínica?

Ella bajó la vista Un instante.

—Lo he dejado —contestó.

—¿Por qué?

—No me gustaban las cosas que pasaban allí —respondió—. El empico era bueno, el sueldo mucho mayor que en otra parte... pero no me sentía a gusto. Hubo un tiempo en que esa clínica era una de las mejores de la ciudad. Ahora, francamente, no iría allí a que me curasen un catarro.

—¿Fuiste a la Policía?

—¿Para qué? Ya habían estado en un par de ocasiones y no encontraron nada. O no quisieron encontrarlo, vete a saber.

—Creo que te entiendo —sonrió Sage—. Me agrada que seas así, Hope. Cuando termine este asunto, hablaré con un amigo, administrador de uno de los buenos hospitales de la ciudad.

—Gracias, Kim. ¿Nos vamos ya?

—Por supuesto. A propósito, ¿te gustaría acompañarme?

—¿Vas a visitar a alguien?

—Sí, a Nancy Heenan.

* * *

Después de la llamada, alguien atisbo por la mirilla de la puerta. Luego sonó una voz femenina:

—Aguarden, un minuto, por favor; voy a vestirme.

Sage volvió la vista hacia la muchacha.

—No debe de gustarle que la encontremos con los rulos puestos —dijo, dada la hora va relativamente avanzada.

—Quizá está escondiendo a su amante en el armario —sonrió Hope.

La puerta tardó casi cinco minutos en abrirse. Sage estaba a punto de echarla abajo de un patadón. Pero, al fin, se oyó el ruido de la llave en la cerradura.

—Hola, señor Sage —exclamó Nancy—. No les esperaba a estas horas.

—¿Podemos pasar? —consultó el joven.

—Claro. ¿Quieren tomar algo?

—¿Hope?

—No, gracias —rechazó la muchacha.

—Bastará un cigarrillo —indicó Sage.

—Por supuesto.

Nancy trajo una cigarrera. Mientras Sage encendía su pitillo, le hizo una pregunta:

—¿Ha hablado con mi padre?

—No, no he ido a verle todavía.

—Entonces, ¿piensa llevarme sin avisarle?

—Tampoco.

Nancy se puso rígida.

—Señor Sage, ¿tiene la bondad de explicarse?

Hubo un momento de silencio. Luego, Sage extrajo dos cartulinas de su bolsillo.

—Señorita, hace días me robaron de casa una carpeta, que contenía la fotografía de unas huellas dactilares —dijo—. El ladrón ignoraba que yo, previamente, había fotocopiado todos los documentos contenidos en aquella carpeta.

—¡El ladrón y yo también! —exclamó Hope, vivamente—. Eso no me lo habías dicho, Kim.

—A veces, conviene ser discreto —respondió él, maliciosamente—. Y prevenido, desde luego.

—No entiendo nada de lo que están diciendo —exclamó—. ¿Por qué no hablan claro de una vez?

—Señorita, usted tomó esta tarde una bebida en mi casa y las huellas de sus dedos quedaron en el vaso. Un amigo mío, experto en dactiloscopia, tomó esas huellas y las comparó con las que yo le entregué y que, auténticamente, pertenecían a Nancy Keenan.

De pronto, Sage alargó una mano, agarró el pelo de la joven y dio un fuerte tirón.

Hope chilló. La impostora chilló más todavía, cuando su verdadera cara quedó al descubierto.

—¡No es Nancy! —exclamó Hope, atónita.

* * *

Sage enseñó la máscara unida a la peluca rubia.

—Magníficamente hecha, con toda veracidad y fácilmente adaptable al rostro de una falsaria —dijo—. Ha costado dinero, no cabe la menor duda, pero también se han gastado dinero en alquilar un avión, en un transmisor de radio... Hay en juego una fortuna de

cuatrocientos cincuenta millones, ¿comprendes?

Hope asintió lentamente. Delante de ella, la impostora tenía la cara roja como una guinda.

—¿Por qué no habla claramente? —invitó Sage.

Ella se retorció las manos.

—Escuche, yo no me imaginé... Me dijeron que sólo se trataba de una broma, una tomadura de pelo...

De pronto, Sage creyó ver algo conocido en el rostro de la joven.

—A usted la he visto yo antes... Ah, sí, en el motel The Fire Wheel. Estaba allí con un conocido mío, Jimmy... y su amigo el doctor Balk...

—¡Balk! —repitió Hope, explosivamente.

—¿Le conoces?

—Demasiado —contestó la muchacha—. Pero sigue, esto es ahora más interesante.

—Sí, tienes razón. ¿Cómo se llama usted, señorita?

—Ruth Gargan. Oiga, yo no he hecho nada malo... Simplemente, me dijeron que fuese a verle, que me presentase como Nancy Heenan... y me dieron esa peluca con la máscara.

—Y, también, apostarí doble contra sencillo, la instruyeron para que pudiera dar algunos detalles de la vida de Nancy.

—Sí, es cierto. Me entregaron una cassette grabada y me aprendí de memoria los datos que se citaban en ella. La tengo ahí, si la quiere...

Ruth se alejó, taconeando vivamente, para volver a los pocos instantes con una cassette que puso en manos del joven.

—Quédese la —dijo—. Yo presentía que esto no iba a salir bien, pero, a fin de cuentas, no se trataba de matar a nadie... y me pagaron generosamente. No podía rechazar la oferta, como puede comprender.

—¿Quien la contrató? —inquirió Sage.

—La verdad es que no le había visto en mi vida. Un sujeto muy misterioso, algo cargado de hombros, con bigote y perilla, unidos por los lados de la barbilla, grandes gafas negras, ropas oscuras, bastón...

—El cojo —exclamó Hope.

—Es un disfraz —aseguró el joven.

—¿Lo crees así?

—Ni siquiera reconocerías a Robert Redford si se te presentase vestido de esa manera. —Sage alzó la máscara—. El que ha hecho este rostro, copiado del de la auténtica Nancy, no ha tenido dificultad alguna en procurarse una barba y un bigote postizos. El bastón se compra en cualquier parte, y la cojera se simula fácilmente. Naturalmente, también disfrazaría su voz.

—Es posible —intervino Ruth—. Hablaba muy bajo, con susurros que apenas si podía oír... Pero, de todos modos, en la cassette tiene su voz grabada.

—No sacaremos demasiado, aunque menos es nada —dijo Sage—. Señorita Cargan, ¿cuánto le pagó el cojo por su actuación?

—Dos mil dólares. Me prometió cinco mil más y luego...

Ruth vaciló.

—Bueno, yo tenía que ir a casa de Heenan y comportarme como si fuese su hija.

—¿Nada más?

—No, nada más.

—Eso no parece lógico, Kim —observó Hope.

—No lo parece pero si Heenan está muriéndose, ella habría quedado luego como su heredera. Y el cojo habría sabido recordárselo y, quizá, no con buenos modales.

—Eso no me lo dijo nunca —protestó Ruth—. Yo nunca oí nada de que Heenan estuviese a punto de morir.

—No podían decírselo, porque usted es sólo una pieza no demasiado importante en el juego. Lo único que quería hacer era introducirla en el asunto; después, aunque usted hubiese querido, ya no habría podido salirse.

—Me habría tenido prisionera, ¿eh?

—Prisionera, pero de una fortuna inmensa. Usted lo hubiera sabido entonces, ya demasiado tarde para volverse atrás. Y el cojo la habría obligado a callar... y a dejarle que administrase la fortuna de Heenan.

Ruth silbó.

—¡Vaya un golpe! —exclamó—. ¡Cuatrocientos cincuenta millones de dólares! Pero ¿existe alguien en este mundo que tenga tanto dinero?

—Heenan —contestó Sage—. Ruth, voy a darle un consejo.

—¿Sí?

—Tiene algo de dinero. Ponga algunas ropas en el maletín y lárguese inmediatamente de la ciudad.

—Mc está asustando —exclamó la mujer.

—Por culpa del cojo, han muerto ya cuatro personas. ¿Sabe que va a ir mañana a la casa de Heenan?

—Sí, se lo dije esta tarde...

Sage se volvió hacia su acompañante.

—Mc están entrando ganas de seguir con el engaño —dijo.

—¿Cómo? —preguntó Hope.

—Espera. —El detective se volvió hacia Ruth—. Oiga, éste es un asunto muy serio. Vamos a seguir como si yo no supiera que es usted una impostora. Mañana, a las diez, la llevaré a casa de Heenan.

—Pero ¿qué dirá él, cuando sepa la verdad?

—No se preocupe.

Sage devolvió la máscara a su dueña.

—Vendré a las diez y, cuando salga de casa, no olvide ponérsela —recomendó.

—Así lo haré —prometió Ruth.

Cuando salieron a la calle, Hope hizo un gesto de preocupación.

—¿Qué te sucede? —preguntó él.

—No lo sé bien... Es la idea que se me había ocurrido antes y que deseché, cuando apareció Ruth, bajo el papel de Nancy Heenan. Puesto que dimos por sentado que había aparecido la hija de Heenan, abandoné aquella hipótesis.

—Y ahora que sabemos que se trataba de una impostora, esa hipótesis cobra fuerza nuevamente.

—En efecto, Kim.

—¿Puedo conocerla?

—No. Espera a mañana, por favor. Yo te llamaré, ¿entendido?

—De acuerdo, encanto.

CAPÍTULO XI

Cuando entraron en el enorme salón, Viking se levantó de la piel de oso y caminó lentamente hacia los recién llegados. Heenan, sentado en un butacón con orejas, caliente a una chimenea incongruentemente encendida, dada la estación, les miró con curiosidad.

Ruth contuvo el aliento al ver el perro que se le acercaba.

—No temas —sonrió Sage—. Señor Heenan, ésta es Ruth Cargan —añadió—. Le ruego la hospede unos días en su casa y la tenga bajo el nombre de Nancy, su hija, cuyo aspecto actual tiene, gracias a la máscara que lleva puesta.

Heenan se enderezó en su asiento, aunque sin ponerse en pie.

—A ver, explíqueme —pidió.

Sage empujó a la joven, hasta hacerla que se sentase en un diván próximo. Encendió un cigarrillo y empezó a hablar.

—Está bien —accedió Heenan, después de que Sage hubiera terminado su pequeño discurso—. Pero eso no soluciona el otro problema, el principal.

—Los problemas principales siempre son los más difíciles de resolver —convino Sage—. Pero gracias a la presencia de esta joven en su casa, creo que la resolución de ese problema se hará mucho más sencillo.

Heenan miró a Ruth de hito en hito.

—De modo que tengo que tratarte como si fueses mi hija —murmuró.

—Sí, señor —contestó ella con voz muy tenue.

—Es una lástima que éste ya tan cascado —gruñó Heenan—. De lo contrario, iba a tratarte de un modo muy diferente.

Sage contuvo una sonrisa.

—Aún conserva el genio y eso es bueno —dijo.

—No, no lo creas. —Heenan hizo una mueca—. He pasado una noche fatal, lleno de dolores, sin apenas dormir. Dormía mejor cuando no tomaba tantas píldoras. Dicen que lo hacen para que no sufra pero...

Con el índice apuntó sucesivamente a los dos jóvenes.

—La mejor manera de estar sano es no haciendo jamás caso de los médicos —añadió.

La mano cayó desmadejadamente.

—Cada vez tengo menos fuerzas...

Ruth se acercó al sillón y, conmovida, tomó con las suyas la mano de Heenan.

—No desespere, señor —dijo—. Pueden ocurrir milagros...

Heenan alzó los ojos.

—Tienes que llamarme papá, no lo olvides.

—Si, papá.

Sage puso una mano en el hombro de Heenan.

—No desespere —dijo.

—Añadiré una manda al testamento, para esta buena chica —dijo el enfermo.

—Se lo merece. Adiós, señor Heenan. Pórtate como una auténtica hija, Ruth. Le has caído simpática al perro.

—Adiós, Kim —dijo la joven.

Sage salió al vestíbulo y lo vio desierto. Entonces, después de cerrar la puerta del salón, corrió hacia las escaleras que conducían al piso superior y buscó el dormitorio de Heenan.

Sobre la mesilla de noche, vio tres frascos, uno con un líquido y cuentagotas y dos con grageas de colores. Sin el menor escrúpulo, se echó los frascos al bolsillo y dio media vuelta.

De pronto, divisó algo encima de una consola. Era un gran sobre que, según pudo apreciar, contenía algunas radiografías. Se quitó la chaqueta y se puso el sobre a la espalda, sujetándolo parcialmente con el cinturón de los pantalones. Volvió a ponerse la chaqueta y, con un tenue silbido en los labios, se encaminó hacia la puerta.

Atisbo desde el arranque de la escalera. El vestíbulo continuaba desierto. Descendió tranquilamente las escaleras, abrió la puerta y salió al exterior.

—¿Estás seguro de lo que dices, Larry? —preguntó Sage.

Larry Colman, doctor en medicina, con una bien ganada reputación, hizo un gesto de aquiescencia y retiró de la pantalla la radiografía que había estado examinando.

—Absolutamente, Kim —contestó.

Sage se rascó preocupadamente la mejilla con el pulgar.

—Se trata, no cabe duda, de una conspiración bien montada —dijo—. Y, naturalmente, con la participación de un experto.

—Además de experto, carente de moral —acusó Colman—. Que un médico se haya prestado a un juego tan indigno...

—Larry, no te ofendas, pero los médicos también son seres de carne y hueso —sonrió Sage—. De todos modos; puedo confiar en tu diagnóstico, ¿verdad?

—¿Por qué no me traes al paciente, Kim? —sugirió el doctor Colman.

—Hoy no puede ser —contestó el joven—. Pero te prometo hacerlo en cuanto me sea posible. Ahora, por favor, mira este Irasco...

Sage le entregó el Irasco cuentagotas. Colman puso en el dorso de su mano una gota del líquido contenido en el recipiente y lo probó con la punta de la lengua. Inmediatamente, escupió con gran fuerza y corrió al lavabo cercano, en donde se enjuagó la boca repetidas veces.

—¡Por Dios! —exclamó—. ¿Quién diablos le ha recetado ese inmundo brebaje? ¡Es dinamita pura, Kim!

—La dinamita no es un veneno si no se le aplica una cerilla encendida a la mecha, Larry.

—Era una metáfora. Por lo que más quieras, dile a tu paciente que no tome una sola gota más de ese veneno.

—Hay dos venenos más —indicó Sage.

Colman fijó la vista en los otros dos frascos.

—Haré que los analicen —prometió.

—Puedes pasarme una buena factura. Se te pagará sin regateos —sonrió Sage.

Y tras despedirse de su amigo, salió a la calle.

El teléfono sonaba con gran insistencia cuando llegó a su casa.

Era Hope.

—¡Kim! Por todos los santos, ¿dónde te has metido? —exclamó la joven muy nerviosa.

—He estado haciendo cosas que no podía posponer —contestó Sage—. Pero ¿qué te sucede? Te noto muy alterada...

—Y tanto —admitió ella—. Kim, la hipótesis es realidad.

—¿Estás segura?

—No puedo equivocarme —respondió la muchacha—. Pero hay unas órdenes muy severas con respecto a ella...

—Aguarda un poco —pidió Sage—. Necesito pensar... Escucha, Hope, esas órdenes, sin duda, son del hombre en que pensamos ambos.

—Sí, claro.

—¿Dónde estás ahora?

—Hay un restaurante a poca distancia de la clínica en que yo trabajaba...

—Aún no sé siquiera la dirección —le recordó él.

Hope se la dio. Sage la anotó y dijo:

—Sigue ahí; estaré contigo antes de media hora. Colgó el teléfono y volvió a marcar un número. El doctor Colman le contestó de inmediato.

—Larry, deja todo lo que tengas entre manos y aguárdame en la puerta de tu casa —pidió Sage.

—Está bien, Kim.

* * *

El doctor Colman torció el gesto al ver la fachada del edificio que se alzaba entre palmeras y otros árboles.

—Tiene una fama horrible —dijo—. No sé cómo no la han clausurado todavía.

—Por eso me marché yo —declaró Hope—. Estuve una temporada, hasta que me di plena cuenta de las cosas que se hacen ahí dentro. Está dedicada, oficialmente, a curas de sueño y de reposo pero, menos oficialmente, a moderar el crecimiento demográfico y, también, a acelerar el tránsito a la otra vida a pacientes incurables, pero que, no obstante, podrían vivir aún muchos años.

—¿No ha hecho nada la Policía aún? —se asombró Colman.

—Han estado en un par de ocasiones, pero...

Hope no quiso seguir hablando. Su silencio era más elocuente que todas las palabras.

—Bien —dijo Sage—, no perdamos más tiempo.

Cruzaron el espacioso parque que circundaba el edificio y entraron en el vestíbulo. Con paso resuelto, Colman se dirigió a la recepcionista y anunció, tras declarar su nombre y profesión:

—Vengo a llevarme la paciente de la habitación doscientos tres.

La recepcionista dio un respingo.

—Pero, doctor, eso no puede ser sin permiso del doctor que la atiende.

Impasible, Colman levantó el teléfono que había sobre el mostrador y dijo:

—Operadora, con la Policía, por fav...

La mano de la recepcionista cortó instantáneamente la comunicación.

—Le haré el pase de salida, doctor —anunció.

—Así está mejor, señora —sonrió Colman.

Un par de minutos más tarde, entraban en una habitación en la que había una mujer durmiendo. Colman se acercó a ella, levantó uno de los párpados, estudió la pupila y luego aplicó el oído a su pecho. Al cabo de unos segundos se irguió, visiblemente satisfecho.

—No hay ningún temor —dijo—. Simplemente, está dormida por la acción de una fuerte dosis de sedante.

Hope avanzó un paso.

—Voy a vestirla —anunció—. Los caballeros, fuera de aquí en el acto.

Sage y el médico abandonaron la habitación. En el pasillo, Colman ofreció un cigarrillo a su amigo.

—¿Estás seguro de que es ella, Kim?

—Sin la menor duda, Larry —respondió Sage.

De pronto, se vio a un hombre que avanzaba a grandes zancadas por el corredor. La cólera alteraba las facciones del doctor Balk.

—¿Qué hacen ustedes aquí? —dijo descompuestamente—. ¿Con qué derecho quieren llevarse a una de mis pacientes?

Sage le miró fríamente.

—Hace pocos días, un tal Mark Thanz, piloto aviador, murió de

una cuchillada en el corazón, lo mismo que un tal Max Caesar. El forense opina que el arma fatal era un bisturí o algo muy parecido pero, en todo caso, muy afilado. La muerte fue instantánea en ambos casos, por supuesto. El forense sostiene la curiosa teoría de que el autor de los dos crímenes es un hombre que conoce muy bien la anatomía humana... doctor.

La cara de Balk se puso gris instantáneamente. Por un momento, pareció que iba a derrumbarse.

—También he encontrado unas radiografías que corresponden a un hombre de unos setenta años, quien padece, o padeció, un proceso canceroso en el duodeno —continuó Sage implacablemente—. Debería hablarle, asimismo, de cierta medicina que es un tóxico de acción lenta y que causa grandes dolores a la persona que la toma, cuando la dosis es muy superior a la normal y que, a la larga, puede matarle, si no se evitan a tiempo sus efectos. Doctor, ¿quién le sugirió la idea de internar aquí a Nancy Heenan?

Balk se pasó una mano temblorosa por la cara.

—Esto no podía acabar bien —dijo con voz insegura—. Un día u otro tenía que descubrirse...

—Ya se ha descubierto —aseguró Sage—. Pero usted puede hacer que la pena que se le imponga sea mucho más leve, si colabora con la justicia.

Hope asomó en aquel momento por la puerta.

—¡Kim! —exclamó—. Nancy ya está vestida.

Sage hizo un movimiento con la cabeza y Colman entró en la habitación, del a que volvió a salir poco después, con Nancy en los brazos. La hija de Heenan parecía estar a punto de salir del sueño en que había estado sumida hasta entonces.

—Vámonos, Kim.

—De acuerdo. Acompáñenos, doctor Balk —pidió el joven.

—¿Yo? —se extrañó Balk.

Sage decidió tirarse un farol:

—Tengo un revólver en el bolsillo —anunció en voz baja—. Se va a venir con nosotros o le juro que lo mato aquí mismo.

Balk hizo un signo de aquiescencia.

—Está bien.

El pequeño grupo echó a andar hacia el ascensor. Cuando iban a entrar, se oyó una voz femenina, muy débil:

—¿Dónde estoy?

—No se preocupe, Nancy —dijo Hope persuasivamente—. Está entre amigos. Pronto se encontrará completamente bien y no tendrá que sentir temor alguno por nada ni por nadie.

Sage aprobó la respuesta con un imperceptible movimiento de cabeza. A su lado, el doctor Balk aparecía completamente hundido, presa de una absoluta desmoralización.

CAPÍTULO XII

El abogado Collingwood entró en el salón y se quedó parado al ver a su cliente, en compañía de una hermosa joven.

—Dudley, no me digas que la has encontrado —exclamó.

—Así es —respondió Heenan—. Nancy ha aparecido por fin. Hija, éste es Justin Collingwood, mi abogado y hombre de mi entera confianza.

—¿Cómo está, señor? —saludó Ruth.

Collingwood hizo un gesto.

—Nunca creí que lo consiguieras, Dudley.

—Pues ya ves, la he encontrado y está aquí. Nancy, hija, ¿quieres servirle al señor Collingwood una copa?

—Con mucho gusto, papá.

Ruth puso *whisky* en un vaso y se lo entregó al abogado, sonriendo graciosamente.

—Aquí tiene —dijo.

—Gracias. Eres, si me permites tutearte, el vivo retrato de tu madre, muchacha.

—Sí, dicen que me parezco a ella bastante.

Collingwood tomó un par de sorbos. Luego abrió la cigarrera y sacó un cigarrillo.

—Dudley, voy a ausentarme durante una temporada —anunció.

—¿Sí?

—Me encuentro muy cansado. El médico me ha dicho que debo tomarme un par de semanas de absoluto reposo.

—Deseo que te mejores pronto, Justin.

—Gracias. Ah, he traído unos documentos para que los firmes. Se refieren a la venta de las acciones de la «American Chemical»...

—Pero, si se cotizan magníficamente —exclamó Heenan.

—Han bajado mucho en los últimos tiempos —dijo el abogado.

—Muy bien, si lo crees conveniente...

—Sabes que siempre he deseado lo mejor para ti, Dudley.

—¿Lo dice en serio, señor Collingwood?

Las tres personas que se encontraban en el salón, volvieron inmediatamente la cabeza. Viking se levantó y trotó al encuentro del recién llegado.

Sage acarició al animal con la mano izquierda. En la derecha sostenía un bastón con empuñadura de plata.

—Supongo, señor Heenan, que no cometerá la imprudencia de firmar esos documentos —añadió Sage, tras unos segundos de silencio.

—Me gustaría que se explicase, muchacho —pidió el millonario.

—Enseguida —contestó Sage. Levantó el bastón un poco—. Lo he encontrado en su coche, señor Collingwood —indicó.

El abogado hizo un fruncimiento de cejas.

—¿Qué es lo que se propone, Sage? ¿Está con ganas de broma?

De pronto, Sage agarró el bastón con las dos manos. Tiró con la derecha y un trozo de metal, puntiagudo, afilado, de unos veinte centímetros, apareció inmediatamente a la vista.

—El puñal está limpio pero, probablemente, en el laboratorio de la Policía se encontrarán todavía restos microscópicos de sangre de Thanz y de Caesar —dijo—. Ah, también he encontrado en su coche un bigote y una barba, unas gafas oscuras, un sombrero negro...

Sage meneó la cabeza.

—Debo admitir que estaba completamente equivocado —añadió—. Yo pensé en su hijo como el culpable de todo lo sucedido. Es un hombre joven, alegre, despreocupado de la existencia, atento únicamente a divertirse y a gastar el dinero en juergas, con licor y mujeres guapas. El tipo ideal para un culpable y al que todos achacarían los asesinatos cometidos. Pero, si se piensa bien, Jimmy no tiene la capacidad mental suficiente o, por lo menos, carece de la experiencia necesaria para el montaje de esta comedia que le iba a permitir a usted encubrir el desfalco que había hecho con los fondos de su cliente. A Jimmy no se le hubiera ocurrido nunca buscar la complicidad de un médico para que simulase una grave enfermedad de un hombre de cincuenta y cinco años, pese a que era amigo de ese médico. Pero, precisamente por esa amistad, usted lo buscó y

logró convencerle de que tomase parte en el juego. Jimmy, mientras tanto, le servía de tapadera, sobre todo, después de que el señor Heenan le prohibiese la entrada en su casa.

Viking estaba todavía a su lado y Sage volvió a acariciarle la cabeza.

—El perro me engañó. Detesta a Jimmy y, en cambio, a usted le aprecia, lo cual me hará dudar en lo sucesivo del infalible instinto de los animales —añadió el joven irónicamente.

* * *

—Cuando el señor Heenan empezó a sentir los primeros síntomas de la enfermedad y manifestó sus deseos de encontrar a su hija, usted empezó también a preparar el plan —continuó Sage, después de una corta pausa—. Incidentalmente, la enfermedad supuestamente mortal, no lo es; simplemente, se trata de un principio de úlcera en el duodeno, muy poco más que una irritación de la mucosa que, naturalmente, le causaba ciertos dolores que era preciso calmar. Usted, hasta ese momento no se había preocupado gran cosa de las consecuencias del dinero desfalcado, dada la confianza que su cliente le tenía. Pero también se dio cuenta, o no sería abogado, de que tarde o temprano debería realizarse una auditoría de cuentas, en donde el desfaldo saldría inexorablemente a relucir.

»Entonces fue cuando concibió el plan de asesinar a su cliente pero haciéndolo de modo que su muerte apareciese como la consecuencia de una dolencia maligna e incurable. Para ello, como es lógico, necesitaba la colaboración de un experto. Y, ¿quién mejor que el doctor Balk, miembro preeminente del personal sanitario de una clínica de reputación más que dudosa? Balk era el hombre ideal no sólo por sus prácticas médicas nada honestas, incluso criminales en más de un caso, sino porque también andaba siempre necesitado de dinero, pese a sus nada escasos ingresos. Para Balk, la ocasión resultaba que ni pintada y por ello aceptó tomar parte en el juego sin que se hiciera apenas de rogar.

»Usted, señor Collingwood, conocía bien a Balk. Conoce también, como es de suponer, a su hijo Jimmy, pero éste no es demasiado de liar. Es muy despreocupado y hablador en exceso.

Balk no sólo por su profesión, sino por lo que había hecho ya, era el sujeto ideal, porque resultaría siempre muy discreto. Así prepararon la medicina que agudizaba la úlcera, en lugar de curarla, y así se procuró las radiografías falsificadas, en donde una irritación de mucosa se transformó en un cáncer de duodeno.

»Luego había problemas que resolver. En modo alguno convenía que yo encontrase a Nancy. Usted, en cambio, ya la había encontrado, cuando su amigo Willie Sanders fue a verle y le pidió dinero por decirle dónde estaba la muchacha. Willie conocía la verdadera identidad de Nancy, que actuaba bajo el nombre de Linda Holmes y que, cansada o porque detestase ya su profesión, dejó de trabajar en The Silver Cage. Willie debió de pedirle demasiado dinero, usted fingió acceder a sus pretensiones y un día le esperó cuando iba a regresar a su casa y le pegó un tiro.

»Luego registró el apartamento, seguramente con la ayuda de Balk y lo dejó literalmente deshecho, sin saber dónde estaba ahora Nancy que se había refugiado en Green Eights, por consejo de Willie. Pero Willie tenía un amigo, Sonny Feldon, enterado del asunto y tuvo que matarlo también, como igualmente asesinó a Max Caesar y luego a Mart Thanz. Cada vez que usted tiraba del hilo, salía una persona enterada de lo que sucedía y cuya boca era preciso cerrar.

Sage hizo una leve pausa para encender un cigarrillo, en medio de una expectación absoluta. Después de exhalar una bocanada de humo, continuó:

—Puso un transmisor de radio en mi casa y así supo que yo iba a ir a Green Eights. Adivinó lo que había en ese lugar y envió a Balk, consiguiendo éste que Nancy fuese a su clínica. Usted, mientras tanto, había contratado los servicios de Thanz y nos ametralló desde el avión, con bastante buena puntería, todo hay que decirlo. Llegó a creer que nos había eliminado, ¿verdad?

Collingwood guardó silencio. Sage sonrió.

—Fue un alivio que le duró poco —prosiguió—. Todo volvía a estar casi como al principio con la salvedad de que ya había cometido cuatro asesinatos y que su situación empezaba a tornarse desesperada. Entonces fue cuando concibió la idea de fabricar una falsa Nancy, cuya impostura yo descubrí casi de inmediato, porque tenía una copia de las huellas dactilares que me había entregado el

señor Heenan y que usted se llevó de mi casa, a la vez que me instalaba el chivato de radio.

»La impostora viviría aquí una temporada, hasta que muriese Heenan. Después, usted, como albacea testamentario, ya se encargaría de tapar el desfalco y entrar a saco en una fortuna que, oficialmente, sería de Nancy, pero que usted administraría a su gusto. Contaba con que la impostora callaría, al verse convertida en una mujer rica...

—¡Ella es Nancy! —gritó Collingwood de repente, el rostro congestionado y los ojos fuera de las órbitas—. Díselo, muchacha, díselo.

Sage miró a Ruth y le hizo un gesto imperceptible. Ruth se arrancó de repente la peluca y la máscara.

—Lo siento —dijo—. Una cosa es robar algo de dinero y otra es ser cómplice de cuatro asesinatos.

Collingwood apuntó con el índice a Heenan.

—De todos modos —aulló—, no verás a tu hija. Está muerta, ¿lo entiendes? Muerta, muerta...

Heenan se puso en pie de un salto.

—¡Maldito! —rugió—. Eso no te lo perdonaré jamás, Justin.

Sage se interpuso entre los dos hombres, a fin de evitar una reacción imprevista del padre de Nancy.

—Calma, señor Heenan —dijo sonriendo—. Nancy está viva, aunque, ciertamente, no por deseos de su abogado.

Los ojos de Collingwood se dilataron de un modo espantoso.

—¡No, eso no es verdad! Balk me dijo que se encargaría de ella...

—Balk no es un asesino como usted, aunque su moral deje mucho que desear. Además, cuando la internó en su clínica, en donde, según habían acordado, debía fallecer de muerte «natural», empezó a pensar que esa muerte podría traerle muchas complicaciones y muy poco dinero. En cambio, con la auténtica Nancy viva, podía desollarle a usted cuando quisiera y se limitó a someterla a una cura de sueño no necesaria, pero que tampoco la ha matado, aunque sí ha quedado muy debilitada. Pero está viva y eso es lo que importa.

Sage retrocedió unos pasos y abrió la puerta.

Collingwood lanzó un grito. Al otro lado se veían cuatro

personas: dos hombres y dos mujeres: El doctor Balk y Hope sostenían por ambos brazos a Nancy, muy pálida, pero plenamente consciente. Colman estaba detrás, vigilando a Balk.

—Señor Heenan —dijo Sage—, ahí tiene usted a su hija.

Hubo un instante de silencio. De pronto, se oyó un rugido atroz. Ruth chilló. Collingwood acababa de sacar un revólver.

—¡Maldito cerdo! ¡Me has traicionado!

Y disparó contra Balk.

Sage saltó hacia adelante y golpeó con el bastón la muñeca del abogado pero ya era tarde. Balk, con el pecho atravesado por el proyectil, empezaba a derrumbarse.

Colman se apresuró a sostener a Nancy. Sage pateó el arma, desprendida de la mano del asesino, enviándola al otro lado de la estancia. Viking aulló fieramente.

—¡Quieto! —ordenó Heenan, conteniendo al perro cuando ya se disponía a saltar a la garganta del homicida.

Collingwood tenía la boca abierta y emitía unos sonidos que no tenían nada de humano. Sage hizo un gesto.

—Ruth, llama a la Policía —indicó.

—Sí, Kim, ahora mismo.

Heenan avanzó hacia las dos muchachas. Colman estaba arrodillado junto al cuerpo de Balk.

Con el rabillo del ojo, Sage vigilaba a Collingwood. Pero el abogado estaba petrificado, completamente ausente, como si nada de lo que había ocurrido allí tuviese que ver con él. Sage empezó a pensar en un posible acceso de demencia, un *shock* mental irresistible para el asesino. Tal vez se recuperaría más adelante, pero ahora era sólo un ser sin alma.

Colman se levantó, limpiándose las rodillas maquinalmente:

—Balk ha muerto —anunció.

Al otro lado, Heenan y Nancy permanecían estrechamente abrazados. Ruth tocó en el hombro de Sage.

—Ya viene la policía —anunció.

Sage hizo un gesto de aquiescencia. Hope le miro desde el umbral. Sonreía de un modo muy agradable.

—La madre de Nancy, en cierto modo, no era muy normal, por eso alimentó el odio hacia el padre de su hija durante tantos años. Esto, lógicamente, tenía que dejar huella en la mente de Nancy —dijo Sage, algunos días más tarde.

—Pero, por fortuna, no ha sido una huella imborrable, como las dactilares —contestó Hope.

—Así es. Nancy, por otra parte, fue una muchacha muy independiente. Su madre era demasiado rígida y ella reaccionó a su manera contra ese exceso de rigidez, no hace falta que te diga cómo lo hizo.

—Ni tampoco es necesario que volvamos a mencionarlo. Nancy se ha dado cuenta de lo que tiene que hacer ahora y se quedará a vivir con su padre.

—Hasta que se case, claro.

—No le faltarán pretendientes. Joven, hermosa y rica, ¿qué más se puede pedir?

—Una madrastra.

—¿Cómo? —saltó la muchacha.

—Bueno, el principio de úlcera de Heenan era debido a ciertos excesos con la comida y el licor. Ahora, con un régimen adecuado, se curará en cuatro semanas... y, aparte de eso, siempre ha sido un hombre muy fuerte y de una salud a prueba de bomba. Ruth tiene unos treinta años, esta estupenda, siente deseos de abandonar una existencia irregular...

—Y será la próxima señora Heenan.

—No lo dudes. Heenan creía morirse aún y, a pesar de todo, se la comía con los ojos.

—Pues cuando esté curado, usará algo más que los ojos para comérsela —rió Hope—. Eh, ¿qué hacemos aquí? —exclamó de pronto.

Sage detuvo el coche junto a la recepción de Green Eights.

—Vamos a elegir la villa que más te guste, para que podamos pasar aquí los fines de semana y las vacaciones —dijo.

—Pero..., Kim, eso cuesta mucho dinero. Te gastarás casi todo el qué te dio Heenan de recompensa...

—Heenan nos regala una villa, puesto que vamos a casarnos. Y en cuanto a los cien mil dólares, va tienen un destino.

—¿Cuál, cariño?

—Tu carrera de medicina.

Hope se mordió los labios y sus ojos se humedecieron súbitamente.

—Kim, yo no puedo aceptar...

—¿Qué esposa no acepta un regalo de su marido? —dijo él, con acento persuasivo.

Hope apoyó la cabeza en el hombro del joven.

—Es el regalo que más podría desear —suspiró.

Luego, al cabo de unos momentos, se irguió y exclamó:

—¿Habrá vendido Nancy «Villa Charlotte», Kim? Si no es así, me gustaría comprársela.

—Podemos averiguarlo, ya que se nos olvidó preguntárselo a ella —repuso Sage.

—Vino aquí, como Paula Roberts...

—Aconsejada por Willie y para pasar desapercibida una temporada, hasta que estuviese ultimado el negocio. Willie quería una buena suma por decir el paradero de Nancy, ¿comprendes?

—Mi propio hermano —dijo ella, furiosa.

—Ya pagó y demasiado cruelmente sus errores. Y Collingwood también pagará sus crímenes con una sentencia de cárcel de por vida.

Hope guardó silencio un instante. Luego, de pronto, abrió la portezuela del coche.

—Bien, vamos a ver si encontramos nuestra villa —exclamó.

Sage se apeó del vehículo. Aspiró el aire perfumado a pleno pulmón. La vida ofrecía nuevas perspectivas, pensó, mientras contemplaba a Hope, parada a poca distancia, el cabello al viento y las faldas revoloteantes, la viva estampa de la juventud y la belleza. Avanzó hacia ella y le puso una mano en la cintura.

Hope se volvió. En su sonrisa, en sus ojos, había todo un mundo de promesas, la visión de un futuro de felicidad sin límites.

FIN



LUIS
GARCÍA
LECHA

. Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig. Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor. La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas. Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena.

Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales, Bruguera y Toray, que imponían a su cuadra de escritores unas condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos Can-Can

y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras. García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans. Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.